

**Esther Vilar**

*El discurso  
inaugural  
de la Papisa  
americana*



se

¿Qué sucederá cuando los papas sean elegidos democráticamente mediante el voto de los feligreses y cuando la Iglesia Católica reparta sus bienes entre los pobres?

¿Aceptará la sociedad del futuro un Vaticano sin boato, una religión sin dogmas ni misterios, unos dignatarios de la Iglesia sin más deberes ni obligaciones que los del hombre de la calle?



Esther Vilar

# **El discurso inaugural de la Papisa Americana**

ePub r1.0

Titivillus 11.06.2018

Título original: *Die Antrittsrede Der Amerikanischen Pöpstin*

Esther Vilar, 1982

Traducción: Herminia Dauer

Diseño: Neslé Soulé

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Ha sucedido lo inconcebible:  
*HABEMUS PAPESSAM.*

Sí, miradme todos bien, para que lo comprendáis: soy una mujer.  
Una mujer en el trono del Papa.  
Por primera vez una mujer.

Este peinado no tiene importancia alguna. Según dicen, también Jesucristo llevaba los cabellos largos, y era un hombre.

Pero aquí: dos senos, destinados a alimentar a los hijos.

Y debajo de esta falda: ovarios, oviductos y útero.

Todo sin utilizar.

Un regalo superfluo, podría decirse. Pero todo existe; todo está en su sitio.

Así lo declara un certificado médico del 3 de febrero del año 2014, que hoy, en el día de mi entrada en funciones, es publicado en los periódicos por mi expreso deseo.

¿Por qué?

Para que nunca, nunca, nunca aparezca ni la más leve sombra de duda de que yo, real y verdaderamente, soy una mujer.

Sí, hermanos y hermanas: en este solio, en el que durante dos mil años se sentaron siempre hombres y solo hombres, en el solio de Su Santidad el Papa, jefe de veintidós millones de católicos, se sienta a partir de hoy una mujer.

Estimados miembros de esta comunidad, esparcidos por el mundo entero y que ahora seguís mi alocución a través de vuestros televisores:

¿lo habéis entendido realmente?

Lo demás ya lo sabéis por mis discursos electorales.

Americana, sí.

Nacida hace equis años en Los Ángeles, la ciudad de los estudios cinematográficos y de las sectas, recientemente convertida en capital occidental del Islam.

Mi madre, una *starlet* malograda a causa de las drogas y que luego se ganó el sustento como prostituta ocasional.

Me crie, por consiguiente, con distintos padres y cuatro hermanitos desamparados, en un campamento de caravanas situado junto al vertedero de basuras de la ciudad.

A la edad de catorce años, mi primer contacto con el catolicismo.

Y a conocéis la historia: en la playa de Malibú tuve un accidente con una tabla de surf robada, y un sacerdote me salvó de aquel mar tempestuoso con riesgo de su propia vida...

La Divina Providencia, se decía antes. Hoy lo llamamos casualidad.

A los quince ingresé en el Movimiento Juvenil Católico.

Más tarde, en los seminarios conciliares de Detroit y Chicago.

Fui sacerdotisa en los barrios bajos de Sao Paulo, México y Caracas.

Después, en Nueva York.

Pero creo que esto ya lo sabéis.

Sí, hermanas, el camino fue largo hasta este solio.

En 1991... ¿Lo recordáis...? ¡La primera sacerdotisa católica!

En la catedral de San Patricio: la primera Santa Misa celebrada por una mujer.

El primer sermón de labios de una mujer.

La primera Comunión: la hostia en mano femenina.  
¡El cáliz con el vino en manos de una mujer!  
EL CUERPO DE CRISTO AMEN... LA SANGRE DE CRISTO...  
AMEN PODÉIS IR EN PAZ...

Y, sin embargo, transcurrieron aún veintitrés años antes de que una de nosotras llegase hasta aquí.

¿No había hecho saber el Apóstol que nosotras no teníamos nada que decir en su Santa Iglesia?

Monjas, eso sí.

Castos grupitos que, al hacer su aparición el monseñor, languidecen en los bancos; cada mirada un aplauso, cada gesto una ovación.

Y en el pensamiento, nada sino admiración hacia Él, el hijo de su Iglesia; hacia Él, el hijo de Dios, y hacia Él, el Señor...

¿Acaso no estábamos ya representadas en el consejo de administración por la Virgen María?

«Más modestia», nos exhortaban amablemente cuando empezamos con las protestas.

Luego exigieron coléricos: «¡Más modestia!».

El nombre que voy a tomar ya os es conocido a través de mis discursos electorales.

Sí, la primera papisa católica se llamará «la Segunda».

JOANNA SECUNDA.

Juana Segunda.

Joan the Second.

Johanna die Zweite.

Giovanna Seconda.

Jeanne Deux.

Ya mencioné la razón: en la historia de nuestra Iglesia ya hubo una vez una papisa. Se llamaba Juana y llegó subrepticamente a este solio en el año 855, disfrazada de hombre. Cuando se descubrió

el fraude, cuando resultó que el papa recién elegido, que había tomado el nombre de Juan VIII, era una mujer, ¡solo una mujer!, esta fue puesta de patitas en la calle por los señores cardenales, naturalmente. ¡Porque eso sí que no correspondía a la Divina Providencia!

«¡Todo pura invención!», diréis muchos ahora. Ya lo sé.

La preñez ocultada hasta el último momento... el comienzo de los dolores de parto durante la procesión, el alumbramiento secreto en la iglesia; la silla con el asiento agujereado en la que tuvo que sentarse la papisa al nacer la sospecha, para que los cardenales, palpando uno tras otro sus genitales, pudieran convencerse de que, realmente, ese papa no disponía de la virilidad prescrita para su cargo... ¡Todo eso no fue más que el producto de la fantasía más perversa!

Pero yo os pregunto:

¿Qué habría sucedido si, en efecto, una mujer disfrazada de hombre se hubiera atrevido a apoderarse de esta, la más alta de todas las dignidades?

¿No habría ocurrido exactamente eso, o algo todavía mucho peor?

Por consiguiente, sea o no leyenda histórica esta hermana mía, quiero hacerla mi antecesora. Como ya anuncié, uno de mis primeros actos consistirá en honrar a una mujer que quizá nunca existiera.

Se convertirá en símbolo del papel humillante que nosotras, las mujeres, tuvimos que desempeñar en esta Iglesia por espacio de dos mil años: rezar, pero no predicar; servir, pero no mandar; ser juzgadas, mas nunca poder juzgar.

Ya el propio nombre que elijo debe demostrar al mundo que todo eso acabó.

Porque ahora estoy yo aquí.

Sí, queridos hermanos: en este solio que durante siglos solo os perteneció a vosotros me siento ahora yo, una mujer.



Juana Segunda.

Sea este mi nombre a partir de hoy.

AMEN.

Por favor, dejad conectados vuestros televisores. Siguen ahora unos anuncios, pero en seguida volveré a estar con vosotros.

A propósito de mi silla: naturalmente, el trono de un papa de la Iglesia católica romana era antes muy distinto.

Me habría gustado mostraros una de esas magníficas piezas, colocándola aquí, junto a esta silla, para que también en este detalle pudieseis reconocer el profundo cambio operado en nuestra Iglesia a través de los últimos decenios.

Mas la última de esas suntuosas sillas que poseíamos una auténtica SILLA GESTATORIA de terciopelo granate y trabajos de talla en madera dorada fue vendida hace años y en la actualidad se encuentra en el despacho de un miembro de la junta directiva del Lester Brooklyn Bank.

Y el banco no estaba dispuesto, por desgracia, a prestarnos la pieza para la ceremonia de hoy. En su opinión, este tipo de propaganda podría resultar contraproducente.

En cambio, sí puede procurarme otra reliquia de la historia de nuestra Iglesia.

Si las cámaras quieren seguirme...

...

Una vestidura pontifical, sí, confeccionada en 1958 para Juan XXIII y prestada ahora por la casa Gould Fifth Avenue, que en 1998 la obtuvo en una subasta por setenta mil dólares y que aún hoy la utiliza en ocasiones para decorar sus escaparates.

Aprovecho la ocasión para dar las gracias a la casa Gould Fifth Avenue...

Pues sí, queridos telespectadores. Así se vestía antes un papa de la Iglesia católica romana. Mejor dicho: así le vestían sus servidores:

La blanca sotana...

Las sandalias de seda...

Encima, este largo manto blanco con bordados de oro puro...

El báculo con el crucifijo... El anillo de oro...

La corona papal...

Desde luego, la que os muestro es solo una imitación.

La tiara original era tan pesada, que el papa Juan XXIII se desmayó, según dicen, cuando se la colocaron sobre la cabeza.

Y, por supuesto, la ceremonia inaugural no consistía entonces en una alocución televisada.

¡Era una gran fiesta, una coronación!

Media Roma estaba en pie, y cientos de millones de fieles de todo el mundo seguían la celebración por la radio y en la pantalla del televisor.

Luego, a su término, sonaban todas las campanas de la ciudad.

El nuevo papa aparecía así vestido ante su pueblo y lo bendecía:  
IN NOMINE PATRIS, ET FILII, ET SPIRITUS SANCTI...

Pero luego siguieron otros papas.

Juan fue sucedido por Pablo VI, quien tras quince años de riguroso gobierno murió a causa de una dolorosa enfermedad.

Sin embargo, había hecho algo espectacular: reducir el uso de la lengua latina para que todos los fieles pudiesen entender lo que en el altar decía su sacerdote.

Además, había donado su preciosa tiara a los pobres.

Fueron dos acciones, pero ¡qué efecto tuvieron!

Una nueva era había comenzado para nuestra Iglesia, la de la «nueva modestia», como posteriormente fue llamada.

Porque después de este papa llegó un hombre de Venecia, Juan Pablo I, que gobernó solo treinta y cinco días y ofreció al mundo la sonrisa más encantadora que se había visto jamás en el rostro de un pontífice. Pero para hacerse querer por el pueblo, naturalmente tuvo que seguir el ejemplo de su predecesor y mostrarse todavía un poco más modesto.

Nada de coronaciones, según declaró inmediatamente después de su elección. Le bastaba con una simple misa.

Tampoco quiso ser transportado por la plaza de San Pedro en la silla gestatoria. Él iría a pie. Y no emplearía el Nos. Esa forma, el *Pluralis Maiestatis* con que los papas anteriores se referían a sí mismos para indicar que tomaban sus decisiones juntamente con Dios, se transformaría a partir de entonces en Yo.

Solo treinta y cinco días de pontificado, y murió.

Naturalmente, el nuevo papa se vio obligado a acentuar aún más la modestia.

Y lo hizo en seguida.

«Tendrán que enseñarme a ser papa», confesó con humildad después de su elección.

Y para demostrar que se sentía un ser huma... no como todos los demás, se mezclaba entre los fieles siempre que podía.

«¡Un papa que se puede tocar!», exclamaba la gente, llena de júbilo, y transportado por este júbilo viajó el nuevo pontífice de un país a otro, tocando a los fieles y dejándose tocar por ellos; les demostró cuánto les amaba, y fue amado como ningún otro papa lo fuera antes.

Y en ninguna ocasión dejó de alzar su bondadosa voz contra toda forma de crueldad.

Hasta que la gente se acostumbró.

Hasta que se supo que era un papa viajero y el mundo apenas prestó atención a sus viajes.

Hasta que se vio que este papa protestaría contra cualquier delito, y su exhortación siempre la misma, a los sentimientos humanitarios quedó pronto sumergida entre la variante cada día más gigantesca de la inhumanidad y de la inclemencia.

El papa acabó estando en todas partes y, precisamente por eso, se halló menos presente que sus antecesores, que apenas se habían movido de Roma y, por regla general, se envolvían en un misterioso silencio ante la violencia y el crimen.

Y así continuaron las cosas.

Cada nuevo papa superaba a su predecesor mediante la exhibición de un mayor grado de modestia. Siguiendo el ejemplo de Jesucristo, cada uno quería ser aún más humilde que el anterior, o sea, realmente el primero, si se empieza a contar por el final.

Hasta que un buen día ya no hubo nada con lo que un nuevo papa pudiera demostrar su sencillez, porque... si uno no posee nada, ni riqueza ni dignidades, ¿a qué puede ya renunciar?

Porque aquí estoy ahora yo.

Sin solio suntuoso. Solo con esta silla de plástico.

Nada de vestiduras, bordadas en oro, además, sino el sencillo traje negro que a diario llevamos todas las sacerdotisas. Y nada de criados.

Tampoco dispongo de ningún palacio. Solamente cuento con el par de habitaciones que gentilmente nos cedieron los bancos y los grandes almacenes instalados ahora en este edificio.

«Mientras exista la Iglesia católica romana —dice en los contratos—, el papa en funciones tendrá siempre derecho a la utilización gratuita de cien metros cuadrados en el antiguo palacio del Vaticano».

«Mientras exista nuestra Iglesia...». Hace solo treinta años, ningún abogado se hubiese atrevido a formular semejante frase.

Oh, sí, también yo saldré al balcón después de este discurso, y es posible que me saluden unos centenares de personas, pero en su mayoría se tratará de turistas.

También para mí sonarán luego unas cuantas campanas romanas, pero para ello tuvimos que pedir permiso a las autoridades y pagar una cantidad excesivamente elevada para nuestras posibilidades, como indemnización por el estruendo causado.

Y para que esta ceremonia pueda ser transmitida, naturalmente tuvimos que recurrir al apoyo de un capitalista...

Nuestro patrocinador es, en esta ocasión, la compañía de seguros Marks&Oldfield.

Hermanos, hermanas, *gentlemen and ladies*, ¡no desconectéis vuestros aparatos! *I'll be right back after this message!*

Bien...

Voy a dirigirme primeramente a vosotras, queridas hermanas. ¿O acaso creáis que aún os haría cumplidos, después de la elección?

Yo necesitaba este cargo. A toda costa.

¡Tenía que conseguir ser elegida!

Y ahora estoy aquí.

Yo, una mujer.

Una de vosotras.

Por consiguiente, a partir de ahora podemos hablar con absoluta claridad. ¿No es así?

Para empezar, debo haceros una pregunta un poco delicada.

Hace dieciséis años que la Iglesia se democratizó. Hace dieciséis años que el papa ya no es elegido por cardenales, sino por la masa de los fieles, y no de por vida, como antes, sino por cuatro años.

Y pese a que vosotras representáis más del setenta por ciento de los miembros inscritos en nuestra Iglesia; pese a que en ningún momento faltaron destacadas candidatas femeninas, vosotras votasteis seis veces seguidas, con vuestra gran mayoría, a un hombre para este cargo. ¿Puedo preguntar por qué?

Y vosotras, las mujeres de más edad, que hoy día os quejáis en cada asamblea electoral, y de modo tan convincente, de la tutela que tuvimos que soportar durante miles de años, ¿cómo no os disteis cuenta de ello mucho antes? ¿Cómo no os declarasteis en huelga

hace tiempo, en vez de escuchar una y otra vez los sermones de los caballeros?

Porque ¡también era vuestra Iglesia! Principalmente la vuestra. Sin mujeres, llevaría cien años prácticamente vacía.

¿Por qué, pues, no fundasteis una Contraiglesia con el fin de lograr una participación femenina en el clero?

¿Qué habríais arriesgado?

¿Cárcel, tortura, muerte?

¿Habríais sido arrojadas a las jaulas de los leones como antaño?

Voy a deciros lo que habríais arriesgado:

¡nada! Ni siquiera la excomunión. Porque ¿cómo iba a prescindir un club de la mayoría de sus miembros?

Contestadme, pues, hermanas mías: ¿cuál era la razón de vuestra profunda misoginia?

¿Por qué, después de aquella histórica misa de nuestra primera sacerdotisa desertaron de la Iglesia en tropel no solo hombres, sino también mujeres, sobre todo mujeres?

«Fuimos educadas así», os oigo decir.

¿Cómo? ¿Educadas en el pensamiento de que precisamente un hombre como Jesucristo considera que las mujeres somos indignas de propagar su doctrina?

Y si de veras pensabais así, ¿por qué no cambiasteis de opinión?

¡Bien que lo hacéis cuando las faldas se acortan o se alargan, y si hoy se ponen de moda los bolsitos octogonales, de sobra que lo captaréis en el acto!

A mí no podéis engañarme, porque soy una de vosotras.

O... ¿se trataba acaso de celos?

ALABAD AL SEÑOR. ¿A qué mujer le gustaría alabar a una señora? ¿Verdad?



EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO... Madre, hija... Eso ya suena mucho menos convincente, para una de nosotras.

Y luego la oportunidad de llegar a ser esposa de Cristo en cualquier momento, si las cosas van mal... ¿A cuál de vosotras le gustaría un marido del mismo sexo?

O... ¿quizá era cuestión de comodidad?

«¿Qué debo hacer, monseñor? ¡Aconséjeme! ¿Estuvo bien lo que hice, padre, o fue pecado? «Cómo puedo saberlo, ¡si no soy más que una mujer!».

Muy práctico, ¿no?

Ninguna responsabilidad, y siempre el mejor servicio.

Reveladme, pues, hermanas mías: ¿qué fue lo que os indujo a elegir un hombre seis veces seguidas, antes de permitir, por fin, que una de nosotras ocupara este solio?

¡Y a qué hombres elegisteis!

¡A qué tipos ayudasteis a alcanzar la dignidad de jefe de la Iglesia católica romana!

No, no me refiero a aquel gángster que, cinco días después de su elección, tuvo que dimitir a causa de un asunto de corrupción.

Eso no podíais sospecharlo siquiera, aunque justo es decir que los ancianos cardenales que antes elegían en el más riguroso secreto a nuestros pontífices, no hubiesen incurrido en, semejante error. Y de haber caído en él, habrían sabido tapar las cosas de forma que no pudieran perjudicar a nuestra Causa.

Tampoco tengo que hablar necesariamente de Juan XXV, a quien favorecisteis en vuestra primera elección. Su programa era seductor; lo reconozco: vender a los ricos todos los bienes de la Iglesia incluso el Vaticano y todos sus tesoros, para repartir luego entre los pobres el dinero obtenido.

«Así lo habría hecho Jesucristo», decía en sus discursos electorales.

Y así lo haría él, su sucesor.

Como buen alemán que era, cumplió su promesa incluso en un ciento cincuenta por ciento.

Inmediatamente después de su elección comenzó a escala mundial la subasta católica: las riquezas acumuladas por nuestra Iglesia durante milenios... Inmuebles, bancos, nuestra flota mercante, los tesoros artísticos, los archivos, el mobiliario, las costosas vestiduras de los papas y del clero, y finalmente este palacio... Todo fue vendido en un solo período de gobierno, pieza por pieza, al mejor postor.

Cuando lo hubo liquidado todo vosotras lo recordaréis, apareció ante las cámaras de televisión vestido de negro, como un simple sacerdote (era la única ropa que se había quedado) y leyó con voz emocionada el «Ultimo Dogma»: a partir de ese momento, el papa ya no sería infalible. Y lo declaró con su último resto de infalibilidad. Era un ser humano como todos y, en consecuencia, estaba tan expuesto como cualquier otro al riesgo de una equivocación. Punto.

Inexplicable resultó solamente lo siguiente: Mientras la Iglesia perdía paso a paso su magnificencia, mientras el papa se transformaba cada día más en un hombre como cualquier otro uno al que no se le podían besar las manos ni los pies, Y que increpaba a quien se inclinara ante él, nuestra Iglesia sufría más pérdidas que nunca. Casi cien millones de fieles nos costó el gobierno de ese papa, que sin embargo era tanto más humano que todos sus predecesores y realizó exactamente aquello que el ala progresista del clero venía postulando desde hacía decenios.

Y los pobres por quienes había hecho todo esto tomaron el dinero y lo gastaron. Mas no por eso se hicieron creyentes. Por el contrario, su reacción fue más bien de indignación: conque tan rica había sido la Iglesia, ¿eh?

Pero transcurrieron los cuatro años del mandato y, cosa extraña, pese a la integridad del papa alemán, no volvisteis a votarle.

Después de ese asceta, os apetecía un pontífice alegre y con ganas de vivir, y elegisteis a Juan Pablo III, el «español vehemente», que ya en su primera rueda de prensa insistió en que los periodistas le llamaran sencillamente «Pablo».

Y lo hicieron:

«Oye, Pablo, ¿cómo os las arregláis vosotros en el amor? ¿El celibato se debe mantener, o no?

»¿No es inmoral, Pablo, que un casado desee a otra mujer? ¿Qué te parecería la introducción del divorcio por la Iglesia, ya que existe el matrimonio canónico?

»Y ya que estamos en eso: también podríais permitir por fin los anticonceptivos, el aborto y la homosexualidad. ¡De cualquier forma, nadie hace caso de vuestros preceptos...!».

Como bien sabemos, Pablo no se hizo rogar mucho. Comenzó a abolir y a introducir.

Primero suprimió el celibato.

Muchos curas de cierta edad legalizaron su situación con diaconisas y amas de llaves mientras que los jóvenes ya se casaban, a menudo, con futuras colegas del seminario.

Antes de un aborto, una mujer podía hacerse celebrar una misa gratuita, por sacerdotisas especialmente preparadas para ello. Y los homosexuales pudieron conducir a sus amados al altar, por fin: primero para el casamiento; luego para el divorcio, si querían.

Como homosexual convencido, adoptaría el nombre del poeta irlandés Oscar Wilde, hombre valiente y que, además, había muerto como católico. Y para demostrar que también los franceses son valientes, solía terminar sus audiencias de la mano de algún guapo seminarista. «Dios es amor proclamaba. ¡Dios es *amor!*».

Es evidente que eso os resultó un poco inquietante. La cosa es que a continuación probasteis suerte con un papa que era todo lo contrario. Resultó elegido mi predecesor, el «holandés errante», que en su viaje electoral, patrocinado por la compañía de aviación KLM, había prometido la reconciliación definitiva con la Iglesia protestante: ¡cientos de miles de nuevos hermanos y hermanas os reportaría el período de su mandato! Y como cuatro años pasan de prisa, puso en seguida manos a la obra: el mismo día de su entrada en funciones contrajo matrimonio, en una sencilla ceremonia, con una colega protestante.

Lástima, solo, que los restantes luteranos ni siquiera se diesen por enterados de sus propuestas. Tan penoso resultó el asunto que, al cabo de un mes de esperar inútilmente la respuesta de las dos supremas pastoras protestantes, el papa dimitió por propia voluntad y mandó convocar nuevas elecciones... Unas elecciones que, en contra de todo lo esperado, gané yo.

«No tiene mal aspecto debisteis deciros; no es demasiado joven, un poquito sexy, sabe hablar y hasta resulta telegénica. Quién sabe; a lo mejor logra que unos cuantos hombres se interesen por nuestra maltrecha causa. ¿Qué más le puede suceder a esta? ¡Probemos suerte, pues, para variar, con una de nosotras!».

¡Hermanas!

¿Por qué?

¿Por qué vacilasteis tanto?

¿Cómo es que no me llamasteis hasta ahora, cuando nos hallamos ante las ruinas de esta Iglesia?

¡Solo quedan veintidós millones de católicos, de los cuales quizá solo una cuarta parte sea practicante!

¡Por doquier iglesias vacías y que amenazan ruina!

¡Un clero débil, empobrecido y, por consiguiente, con frecuencia corrupto!

Y entre ese clero, unos cuantos sacerdotes y sacerdotisas jóvenes e idealistas que no saben por dónde empezar...

Os suplico que dediquéis al menos un par de minutos a reflexionar seriamente sobre esta cuestión.

Y permaneced junto al receptor.

Porque inmediatamente después de estos momentos de publicidad me ocuparé de vuestros hermanos.

Ahora os toca a vosotros, hermanos.

Naturalmente, nuestra Iglesia lleva decenios meditando sobre la forma de volveros a atraer a su seno, sobre todo a vosotros, los hombres.

¿A qué se debió que precisamente entre vosotros disminuyese de tan espantoso número de fieles?

Para llegar al fondo del problema, nos preguntamos en primer lugar:

¿Qué es realmente un hombre?

Y, como es lógico, nos atuvimos a vuestra propia respuesta, porque... ¿quién mejor que vosotros mismos para definir la masculinidad?

La contestación fue la de que, ante todo, el hombre es un ser sediento de libertad. Alguien a quien en ningún caso se le deben poner cadenas, porque entonces es cuando más intenta huir...

Pero... ¿qué cadenas en nuestra Iglesia?

El divorcio estaba permitido hacía tiempo.

La excomunión había sido abolida.

Ya no existían pecados propiamente dichos. Ahora se intentaba todo mediante la comprensión.

Igualmente pertenecían al pasado la confesión, la penitencia y todas esas cosas.

Y para que no os alejaseis de la Iglesia por consideraciones de índole material, la cuota introducida en todos los países hasta el año 1997 fue abolida de nuevo en el 2008.

El Índice, con su prohibición de libros y películas, no era ya para nosotros más que una pequeña anécdota histórica que nos hacía sonreír.

Y si alguien mencionaba los Diez Mandamientos, a lo sumo lo hacía con un tono de ironía.

Ningún cura era tan ingenuo como para prometeros el cielo a cambio de un comportamiento en la tierra. Y si uno se hubiera atrevido a amenazaros con el infierno y el purgatorio, le hubiésemos echado en el acto a cajas destempladas.

Si no tenían la culpa nuestras leyes, ¿la tenían quizá las ceremonias?

¿Os parecían poco varoniles o tal vez incluso propias de mujeres?

Sin embargo, las largas vestiduras de magníficos colores que antes usaban los sacerdotes ya no existían.

En los templos de este nuevo milenio no podía molestaros el olor dulzón a incienso.

El altisonante latín había sido sustituido por un lenguaje claro y sencillo.

El teatro que se hacía con la hostia y el sorbito de vino pertenecía decididamente al pasado.

Y dado que nos hacíamos cargo de que a ningún hombre hecho y derecho le gusta que le vean arrodillado, también esto os fue ahorrado. Si en las grandes festividades entrabais alguna vez en la iglesia, podíais permanecer tan tranquilos como en el cine.

En nuestro desconcierto consultamos a un equipo de psicólogos:  
«¿Qué es lo que le molesta al hombre actual de nuestra Iglesia?  
—preguntamos—. ¿Por qué permanece alejado de ella?

El resultado del estudio fue sorprendente.

Los científicos opinaban que lo que en lo más profundo del subconsciente estorbaba a los hombres era el crucifijo.

El Cristo en la cruz les influía un complejo de culpabilidad.

Porque a un hombre no le gusta que constantemente se le recuerde que otro murió por ¡y para colmo, por su propia voluntad!

Después de todo esto, como es lógico, nos apresuramos a retirar de la circulación al Crucificado.

Convocamos un concurso internacional y, en lugar del Cristo sufriente he mandado colocar aquí una de esas esculturas anticuadas para que también los telespectadores más jóvenes sepan de qué hablo fue colocada esta obra galardonada: la estatua de un joven lleno de temperamento, con las manos alzadas, que parece disfrutar la vida al máximo.

Todos quedasteis entusiasmados con ese nuevo Cristo y le pusisteis el nombre de nuestro astro discográfico más popular.

Pero seguisteis sin acudir a la iglesia.

Entonces distribuimos unos cuestionarios entre los estudiantes.

¿Qué ocurre? preguntamos a los jóvenes. ¿Por qué no venís?».

Que ya no eran capaces de creer en todo eso, fue la respuesta.

Por ejemplo, en esa absurda historia del paraíso eterno al que un día habríamos de ir...

¿Acaso éramos capaces de imaginarnos cualquiera, aunque fuese un santo, podía tener interés en que alguno de nosotros viviera eternamente para estropear con sus chistes malos y su estúpida conversación un paraíso que quizá exista de veras?

Con semejantes promesas tal vez era posible pescar a sus ingenuos padres, pero para de hoy, lleno de espíritu crítico, todo eso era puro cuento.



«Pero no tenéis por qué tomarlo todo al pie de la letra repuso nuestra Iglesia, sino considerarlo desde un punto de vista más simbólico. Lo que de estas historias creáis o no, es cosa secundaria. ¡Lo importante es que volváis a nuestro seno!».

Mas no volvisteis, claro. Tampoco permanecisteis donde estabais: os levantasteis y partisteis en otra dirección.

Y para infinita sorpresa nuestra, no elegisteis el camino fácil, sino el más difícil.

Tampoco buscasteis la explicación más científica, sino la más misteriosa.

Diría uno que, cuanto más indescifrable, mejor.

Cuanto más sacrificio se os exigía en otra parte, más a gusto parecíais encontraros allí.

Porque mientras nosotros nos preocupábamos tanto de vuestra libertad, vosotros hacíais posible el triunfo del Islam, donde importaba un pito la sacrosanta libertad del individuo y se os prescribía con toda exactitud lo que debíais hacer y dejar de hacer. ¿Recordáis cómo, al finalizar el milenio, surgieron como hongos las mezquitas, primero en los Estados Unidos, después en toda América y por fin en Europa, incluso en esta ciudad?

Mientras nosotros procurábamos no causar estragos en vuestros bolsillos, vosotros buscabais refugio en sectas multimillonarias, donde se burlaban de vuestro afán de independencia material y, bajo amenaza de expulsaros de la comunidad, os hacían entregar hasta el último dólar y el último centavo de vuestras ganancias a la organización.

Mientras nosotros eliminábamos de nuestros escritos todo lo no científico, todo aquello que oliese a milagros y predicciones, vosotros corríais al encuentro de cartománticos, adivinos y astrólogos, quienes a cambio de mucho dinero os profetizaban el porvenir.

Mientras nosotros os garantizábamos toda, absolutamente toda la libertad sexual, vosotros fundabais las así llamadas Ordenes

Ateas cuya ley suprema era la completa castidad, y donde, en los fines de semana, practicabais la abstinencia sexual en grupos mixtos.

Mientras nosotros abolíamos toda regla de conducta que pudiera restringir de algún modo vuestra libertad, desertabais precisamente hacia aquellos partidos que exigían de vosotros una obediencia absoluta e incluso, en caso de necesidad, podían obligar al sacrificio de vuestra vida.

Mientras nosotros os invitábamos afectuosamente a acudir a vuestra Iglesia una vez al mes, por lo menos, vosotros corríais tres veces por semana al psiquiatra, y allí, a cambio de un dineral, hacíais aquellas confesiones que antes habían sido gratuitas en nuestros templos y que ahora os ahorrábamos por discreción, porque..., ¿quién podría atreverse a pedirle cuentas a un hombre hecho y derecho?

Y aquellos de vosotros que no teníais necesidad de todo esto, los fuertes, os atrincherasteis detrás de unos trabajos interminables, os narcotizasteis con baratas aventuras amorosas, os obnubilasteis con alcohol y drogas, lamentando la falta de sentido de la vida, y os adheristeis a sociedades secretas donde, entre otras personas las mismas ideas, os preparabais con tremenda minuciosidad para el suicidio.

Y yo os pregunto, hermanos míos:

¿Tenéis una explicación para todo esto?

Si los hombres son realmente lo que pretenden indomables y amantes de la libertad, ¿por qué, entonces, acuden precisamente allí donde se les arrebatara toda, absolutamente toda posibilidad de una libre decisión?

Si toda limitación de vuestra sagrada independencia representa una pretensión exagerada, en vuestra opinión, ¿por qué son justamente los más independientes y progresistas entre vosotros — es decir, los más libres— los que, de día en día, sienten menos deseos de vivir? ¿Por qué os destruís a vosotros mismos?

Reflexionad sobre lo que acabo de decir, os lo ruego, ya que afecta a la raíz de nuestro problema.

En seguida estaré de nuevo con vosotros, y entonces os daré mi respuesta.

La respuesta es: ¡vosotros mentís!

Sí, porque vosotros habláis de libertad.

Soñáis con la libertad.

Lucháis por la libertad.

Engañáis, torturáis y asesináis por la libertad.

Os dejáis torturar por ella y, en caso necesario, también morís por ella.

Pero... *vivir* con la libertad y decidir *libremente* año tras año, día tras día y hora tras hora lo que ha de ser de vosotros... ¡ah, no, eso no lo queréis!

Lo que vosotros buscáis realmente no es libertad, sino sumisión.

Pese a vuestros discursos grandilocuentes, vuestro sueño no es la independencia, sino la dependencia total —aunque libremente elegida de unas disposiciones establecidas por otros: vuestra pareja, vuestra empresa, vuestro astrólogo, vuestro grupo, vuestra secta o vuestro partido. Y solo si tales reglas ya no satisfacen vuestro afán de dependencia —si os resultan demasiado laxas=—, os «liberaréis» de ellas.

Mas nunca para permanecer libres.

Tomáis la libertad recuperada para llevarla allí donde os la han de arrebatar antes y más a fondo, imponiéndoo de nuevo las más severas prescripciones.

Nuestro fallo, el de la Iglesia, consiste en no habernos dado cuenta mucho antes de todo esto.

En que nosotros, contra nuestra propia convicción, decidiéramos dar crédito a vuestros fanfarroneos y tomaros por personas que nada odian más que verse oprimidas... ¡Ese fue nuestro *pecado*!

Nosotros, vuestra Iglesia, nos comportamos como si fuésemos vuestro Estado.

Cuanto menos forzados, nos decíamos, tanto más a gusto se sentirán con nosotros. Cuantas menos reglas, más a gusto vendrán a nosotros.

Pero pasamos por alto que uno nunca exige de su Gobierno la independencia para luego quedarse con ella: no; la necesitamos para atarnos después allí donde nos parezca mejor. Solo para esto, para dar este único paso, hacemos uso de nuestra independencia legalmente garantizada.

Que este paso sea posible y que cada cual pueda dirigirse allí donde mejor vea satisfechas sus ansias de sometimiento, es cosa de la que debe ocuparse el Estado.

Pero la Iglesia, no. ¡Jamás!

La Iglesia debe satisfacer nuestro anhelo de reglas y leyes; no el de libertad.

Que esto no se interprete como un reproche, ¡por Dios!

Vosotros no tenéis por qué avergonzaros de una debilidad tan humana. Si acaso, la vergüenza es para nosotros, que no nos dimos cuenta de este problema y año tras año os fuimos empujando hacia una independencia superior a vuestras fuerzas.

¿Cómo podíamos esperar nosotros, vuestra Iglesia, con nuestra experiencia de siglos y milenios, que llegaseis a amar la libertad?

¿Cómo pudimos creeros capaces de algo para lo que hace falta todavía más valor que para morir?

¿Cómo pudimos atrevernos a imponer siquiera a uno solo de nuestros seguidores una vida sin obligaciones y aconsejaros que en adelante tomarais las decisiones que os dictara la propia conciencia?

¡Vuestra conciencia! ¿Qué significa eso de «vuestra conciencia», al fin y al cabo?

¿Cómo ibais a poder distinguir lo bueno de lo malo, sin nuestra ayuda?

¿Sois buenos, por ejemplo, si impedís que una persona cometa suicidio, cuando esta considera totalmente insoportable su vida? ¿O sois buenos si la dejáis morir?

¿Sois buenos si evitáis una vida de pesadumbre a un niño nacido con malformaciones, o es mejor que lo salvéis de una muerte fácil?

¿Sois buenos si practicáis la eutanasia a quien se consume en el lecho de dolor, o actuáis correctamente prolongando sus padecimientos, ya que después no hay nada, ni siquiera ese padecimiento?

Si dejamos a vuestra conciencia el tener hijos y cuántos, entonces seréis vosotros, padres y madres, los verdaderos responsables de todo dolor, de toda desgracia que a estas criaturas les sobrevenga. ¿De dónde extraeréis, en tal caso, las fuerzas para acercaros al lecho de una, hijita enferma? ¿O para explicarle a vuestro hijo que mañana deberá ir al frente?

Si vuestra conciencia decide que podéis abandonar a la pareja que ya no amáis, ¿no correrá entonces de vuestra cuenta cada lágrima, cada hora de soledad de esta persona a la que un día quisisteis?

¿Quiénes sois para permitirlos causar un dolor semejante? Y por otro lado: ¿cómo podéis humillar de tal manera a una persona, permaneciendo solo por piedad junto ella, cuando el corazón está lleno de anhelo hacia otra?

Solo cuando otros os dicen lo que es bueno y lo que es malo, solo cuando podéis actuar según las leyes establecidas por otros, vivís con la conciencia limpia y sois capaces de disfrutar de vuestra felicidad. Según el sistema al que os hayáis sometido, será honroso para vosotros ayudar a vivir o practicar la eutanasia; será una «decisión consciente» el tener un hijo o cinco, o no tener ninguno; será «pecado» el abandono del ser otrora amado o el hecho de resistir junto a él.

Para vosotros, los católicos, rige lo siguiente:

Solo si nosotros, vuestra Iglesia, establecemos para vosotros unas normas de conducta exactamente formuladas e inequívocas, podréis vivir en paz con vosotros mismos, ya que entonces no constituís la pauta de vuestra propia moral, somos nosotros quienes lo hacemos.

Solo si nos habéis hecho entrega de vuestra libertad estaréis en situación de actuar.

Solo mediante nuestras leyes seréis realmente *libres*.

Hoy gusta decir que nuestra religión es únicamente para los tontos.

¡Qué disparate!

Sois precisamente vosotros, los inteligentes, los ingeniosos y los sensibles quienes la necesitáis.

A los tontos, el reino de los cielos ya les pertenece de una forma u otra: no tienen suficiente fantasía para imaginarse las consecuencias de sus actos. Para los tontos, las grandes decisiones son una insignificancia, dado que no comprenden cuándo una cosa es consecuencia de la otra.

También dicen que nuestra religión es para los pobres.

¡Qué error!

Los hambrientos están totalmente ocupados en asegurar su subsistencia para las horas siguientes.

Son muy pocos los que tienen tiempo para consideraciones abstractas sobre el sentido de esta busca de alimentos.

Sois vosotros, los acomodados y los del estómago lleno, los que ahora estáis en casa, sentados ante vuestros costosos televisores, quienes os interesáis por el sentido de la vida.

Tenéis el pan asegurado, ¿y ahora qué?

¿Para qué alimentáis en a ese cuerpo?

¿Qué propósito hay en ello? ¿Qué objetivo se persigue?

¿Qué sucederá luego, cuando el cuerpo se pudra en su ataúd?

¿De veras no padeceréis?

¿Será cierto que después de esta vida no hay nada?



«Ahora nos vendrá con el Buen Dios —os oigo suspirar. Al fin y al cabo, ya era hora...».

Sí, en efecto. Ya va siendo hora de hablar de Dios.

Ya sé lo que os gustaría decirme en este momento... No en vano fui durante mucho tiempo vuestra madre espiritual...

«¡Ay, el *Buen Dios*! Quizá, en caso de apuro, aún pudiera uno creer en su existencia... Porque, desde luego, en este mundo suceden tantas cosas...

»Sin embargo..., ¿creer en su bondad?

»En todo caso, uno podría explicarse tal vez su sadismo contra nosotros, los adultos: las enfermedades, las torturas, las guerras, el hambre...

»No somos ángeles, al fin y al cabo, y cada uno de nosotros ha merecido sin duda algo de eso.

»Pero...; ¿qué ocurre con nuestros hijos? ¿Dónde está allí la culpa?

»¿Dónde estaba este Buen Dios, cuando nosotros organizamos para él las famosas Cruzadas infantiles?

»¿Dónde estaba cuando enviamos a niñitos de seis años a trabajar en fábricas y minas?

»¿Dónde estaba cuando les estrella amarilla en sus abriguitos?

»¿Dónde estaba los bombardeábamos con napalm?

»¿Qué dice ante la muerte lenta de los millones de niños que cada año perecen de hambre?

»¿Dónde se esconde este Buen Dios en las camas de los burdeles infantiles?

»Y en los hospitales pediátricos, ¿mira el Buen Dios a través de la ventana o de la pared?

»¿Por qué no caemos fulminados por el rayo cuando maltratamos a un niño? ¿Por qué?

»¡Los niños no pueden ser culpables! ¿Qué objeto tiene todo esto, pues?

»Aunque uno crea que Dios existe, ¿cómo habría de poder amar a semejante monstruo de crueldad, a ese torturador, violador y asesino de niños?

»¡Sin embargo, es eso lo que vosotros, el clero, exigía de nosotros! ¿No es cierto?».

No voy a responderos ahora diciendo que todo eso no es obra de Dios, sino del demonio.

Porque si Dios no es capaz de impedir tales vilezas, de nada os sirve. Vosotros necesitáis un Dios poderoso, y... ¿dónde está aquí su poder?

Tampoco os diré que nosotros, los hombres, con nuestro limitado entendimiento no podemos comprender esto, y que los caminos de Dios son inescrutables, maravillosos.

Porque si, a vuestros ojos, en las obras de Dios falta un mínimo de lógica, es evidente que este Dios no os sirve.

Vosotros necesitáis un Dios que obre con lógica y sea consecuente. Pero... ¿dónde está aquí la consecuencia?

¿Cómo vais a confiar en alguien cuyas obras solo reflejan arbitrariedad?

Voy a deciros lo siguiente:

Que, por muy duras que suenen mis palabras, aquí no se trata para nada de la opinión que vosotros tengáis de Dios.

Nuestra Iglesia no está para presentaros un Todopoderoso agradable. Lo único que debe hacer es satisfacer vuestro afán de seguridad.

Nadie tiene obligación de demostraros que, pese a todas las desgracias que esparce por el mundo, este Dios es bondadoso, merecedor de nuestra confianza y de nuestro amor.

Un Todopoderoso no necesita nada. Por consiguiente, tampoco vuestro respeto ni vuestra confianza.

Ni mucho menos vuestro amor.

Pero, vistas al revés, las cosas cambian.

¡Vosotros sí que le necesitáis a *Él*!

Porque si no podéis vivir en libertad como todo parece indicar, necesitáis a alguien que os la quite.

Si deseáis someteros y obedecer, necesitáis a alguien que os lo permita.

Si tenéis miedo a muerte, necesitáis a alguien que os prometa una vida eterna.

Si os da miedo la crueldad de vuestros semejantes, necesitáis a alguien que les amenace y los tenga a raya.

Necesitáis, pues, a alguien o que sea más poderoso que vosotros, capaz de castigar y recompensar, amenazar y perdonar.

Necesitáis un soberano implacable, una regla estricta, una ley.

Necesitáis a alguien que tenga un interés personal en vosotros y que registre todos vuestros actos con la precisión de una computadora.

Porque incluso si vosotros y todo cuanto hay en esta Tierra fuese mera casualidad —y todo parece apuntar realmente en este sentido—, jamás podríais permitir os reconocer tal casualidad.

Incluso de no existir una inteligencia superior a la humana —y todo parece indicar que así es—, deberíais comportaros como si existiera.

En otras palabras:

Aunque no existiera Dios —y todo parece indicarlo—, seguiríais dependiendo de él.

Y si él no se os manifestara, tendríais que ir en su busca *inventándole*.

Y ese Dios inventado sería exactamente igual al que nosotros, vuestra Iglesia, eliminamos de vuestro camino con tanta diligencia en los últimos cincuenta años: un Dios severo, exigente, vengativo, ansioso de amor, vanidoso y pedante, pero digno de confianza y justo.

Porque, sin un Dios semejante, estaríais condenados a una libertad perpetua. Y como de sobra sabemos, la libertad es lo único con lo que no podéis vivir.

«¡Inventar! puede que digáis ahora. No estaría mal, pero... ¿cómo se inventa un Dios?

»¿Cómo podría uno creer en él, así por las buenas?».

»¿Cómo puede uno subordinarse a quien no hay forma de reconocer en ninguna parte?

»¿Cómo es posible no ver en un determinado edificio solo una casa, sino un templo de Dios?».

Admito que no es nada fácil.

Pero cuando uno ríe, siente alegría, según dicen nuestros psicólogos. Y nuestros actores aseguran que realmente se sienten tristes, cuando derraman sus lágrimas fingidas.

¿No sería esto aplicable, también, a los demás sentimientos?

Cuando uno se arrodilla, ¿no siente ya humildad?

Cuando uno inclina la cabeza, ¿no experimenta ya una disposición a la obediencia?

Cuando nos dirigimos a alguien, ¿no nos corresponde esa persona de algún modo?

Cuando le rezamos a alguien, ¿no empezamos a creer que en realidad puede escucharnos?

¡Haced la prueba!

Imaginaos que Dios no existe.

Arrodillaos.

Ahí mismo donde estáis. Delante del televisor.

Y ahora inclinad la cabeza.

Con humildad. Eso es.

Con mucha humildad...

Comprendo que, de momento, os cueste hacerlo. Incluso es posible que encontréis ridículo.

La invención de un Dios requiere práctica y vosotros lleváis mucho tiempo sin practicar.

Además, para empezar es preferible una iglesia...

Unos espacios altos y no demasiado iluminados, unos bancos gastados, un quedo tañer de campanas, el olor a incienso, el tenue resplandor de unos cirios...

Mas ya no contamos con tales iglesias.

¿No notáis, sin embargo, que la fórmula ya empieza a surtir efecto? ¿No observáis cómo disminuye vuestro, cómo os tranquilizáis poco a poco?

Quizá penséis: «¡Bah, todo eso es una ilusión, un engaño!».

¡Pero no, no y no! ¿Cómo podría ser un engaño lo que con tanta evidencia hace disminuir vuestro temor?

Ahora debéis santiguaros.

EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO...

Juntad las manos en oración.

Y pronunciad conmigo aquella fórmula mágica y ya casi olvidada con la que los católicos, estimulábamos antes nuestra voluntad de obediencia:

PADRE NUESTRO  
QUE ESTAS EN LOS CIELOS,  
SANTIFICADO SEA TU NOMBRE,  
VENGA A NOSOTROS TU REINO  
Y HÁGASE TU VOLUNTAD  
ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.  
EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY  
Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS  
ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS  
DEUDORES  
Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN

## MAS LÍBRANOS DEL MAL

Así lo hacíamos antes en nuestra Iglesia, y así inventábamos también a nuestro Dios...

Y mientras rezábamos de esta forma, comenzamos poco a poco a creer en él.

Mientras así le invocábamos, poco a poco fue resucitando ante nosotros.

Y era siempre exactamente aquel a quien habíamos llamado en nuestro temor, exactamente aquel que nosotros necesitábamos.

Permaneced así.

Y tratad de repetir fórmula, cada cual por sí solo.

Y ahora levantaos.

Sí, os doy permiso para que os levantéis.

Ya me figuro que ahora muchos de vosotros sonreiréis con cierta indulgencia:

«Pero ¿esa qué se cree? ¿Acaso piensa que nos arrodillamos en el suelo por ella?».

Sobre todo os reiréis de mí los jóvenes..., si es que algún joven sigue este discurso.

Sí, vosotros aún podéis permitir os el lujo de esta burla... Por ahora, vuestra religión todavía consiste en hacer todo lo contrario a lo que hicieron vuestros padres. En esta oposición, que se guía por unas reglas muy estrictas, encontráis, juntamente con otros jóvenes, vuestras normas de conducta... Pero creedme: esa religión resultará más frágil de lo que os imagináis.

Porque pronto seréis vosotros los padres, y entonces... ¿qué?

¿Contra quiénes os aliaréis?

¿En manos de qué organización depositaréis entonces vuestra libertad?

¿Y de dónde extraeréis entonces vuestras reglas?

Para vosotros, los jóvenes, tengo otra propuesta: si no queréis Creer en un Dios, intentadlo de momento con una persona.

¿Qué tal si lo probaseis con Jesucristo, nacido en Belén en el año O, criado en Nazaret, hijo de un carpintero y de una mujer dedicada a las labores de su hogar; Con este hombre que durante un breve

espacio de tiempo fue el jefe de una banda de jóvenes revolucionarios, y que como castigo fue ajusticiado a los treinta y tres años?

«¿Qué? —os oigo protestar indignados—. Esta papisa no tiene remedio».

»¿Que nosotros veneremos a ese estafador que negó a su propio padre con el fin de presentarse sin estorbos como Hijo de Dios?

»¿A ese farsante que engañó a sus ingenuos paisanos con baratos trucos de magia?

»¿A ese falso doctor, que hacía pasar por milagros divinos unas curaciones por medio de hipnosis?

»¿A ese chantajista, que amenazaba con el infierno y el purgatorio a quienes se oponían a él, prometiendo en cambio el paraíso eterno a sus seguidores?».

«¿Pretende esta mujer que hagamos caso a ese hipócrita, que programó como traidor al compinche llamado Judas, para luego procurarse a sí mismo la muerte del mártir?

»¿Al tipo que, aun después de su muerte, dar el golpe publicitario más sensacional, cuando dispuso que sus llamados “discípulos” hiciesen desaparecer primero su cadáver y luego ser testimonio de su presunta resurrección y ascensión al reino de su supuesto padre?

»¡Justamente a un hombre así quiere ponernos como ejemplo esta papisa!

»¡Parece mentira!».

No, no os avergoncéis de unos pensamientos tan blasfemos. De sobra sé, a través de nuestras encuestas, que este catálogo de pecados constituye hoy día la teoría más candente sobre la vida de Jesús.

No rehuyamos, pues, la cuestión. Es mi deseo que, al menos por esta vez, vosotros los jóvenes y yo, la papisa, hablemos con absoluta sinceridad.



No voy a deciros tampoco que no está comprobado de modo alguno que Jesucristo dijese e hiciera realmente todo eso.

Lo del «Hijo de Dios», por ejemplo, no hay por qué tomarlo tan al pie de la letra.

Al fin y al cabo, los Evangelios fueron escritos años después de su muerte, y perfectamente pudo introducirse en ellos algún que otro error...

Desde luego es *este* Cristo al que ordenamos creer y seguir durante siglos. ¡Por consiguiente es este el único al que debemos juzgar!

Supongamos, tranquilamente, que lo peor es cierto, y que tenéis razón al hacer todos esos reproches a Jesús de Nazaret: ¿empañaríais con ello su prestigio?

Olvidad por unos instantes la antipatía que sentís hacia él, ahora tan de moda.

Imaginaos que hace dos mil años, durante la cruel ocupación romana de Palestina —una época en que para el pueblo, el miedo y el terrorismo eran el pan de cada día, y en la que un Herodes, por ejemplo, podía permitirse impunemente mandar asesinar a todos los niños varones de una población—, imaginaos que entonces hubiese vivido un hombre decidido a poner fin a todo eso.

Un hombre que no amaba a Dios sobre todas las cosas, sino a sus congéneres, y estaba dispuesto a ayudarles a vivir en paz de una vez para siempre.

¿Y no habría tenido que hacer ese hombre, para lograr sus propósitos, exactamente lo mismo que hoy le reprocháis a Jesucristo tan a la ligera?

Yo he, meditado mucho acerca de este Cristo.

Supongo que era un ateo o, por lo menos, un agnóstico.

Otro difícilmente se habría atrevido a hacerse pasar por el Hijo de Dios; le hubiese dado demasiado miedo exponerse a la venganza de este.

Y tal farsa resultaba de vital importancia para su causa: era condición indispensable para que él, hijo de un pobre carpintero, consiguiera la autoridad que necesitaba de manera imprescindible para su mensaje.

El segundo paso consistió, naturalmente, en negar a su verdadero padre y convencer a su madre de ese cuento de la preñez virginal, ya que difícilmente podía presentar dos padres a la gente.

¿Y qué fue lo siguiente?

Pues lo siguiente fue pura fanfarronada.

Los falsos milagros y las predicciones que hoy reprocháis a Jesucristo, el agua que se transforma en vino, los panes que se reproducen solos; los paralíticos que, después de tocarles Cristo, vuelven a andar; los ciegos que de pronto recobran la vista...

NO sabemos cómo lo hacía, pero teniendo en cuenta el estado en que entonces se hallaban las ciencias naturales, tales trucos eran un juego de niños. En cualquier caso, como hipnotizador debió de ser extraordinario, y para todo lo demás contaba con doce cómplices de la máxima confianza.

Pero si la gente de aquellos tiempos solo entendía este lenguaje y ningún otro, ¿no tenía que servirse de él?

Imaginaos esto: un hombre solo, que rechaza todo tipo de violencia y, por consiguiente, no dispone de soldados ni de armas, y que únicamente posee su fantasía para convencer a una brutal jauría de que ya está bien, de que hay que poner fin a la barbarie... ¿Le quedaba acaso otra alternativa?

Si lo que más temía aquella gente era muerte, ¿no *necesitaba* recurrir Cristo a la mesa de una vida eterna para conseguir que comportaran de una manera más o menos humana durante esta única vida que existe para nosotros aquí?

Que el propio Jesucristo creyese en una ulterior, me parece improbable. Porque, en tal caso, no le habrían preocupado tanto las

matanzas de la Tierra: cuanto antes hubiese terminado la existencia para el individuo, tanto mejor.

Y el truco del martirio, que a nosotros nos parece ya tan gastado, y que él debió de elegir expresamente en interés de su causa (aquí os doy la razón a vosotros: de no existir complot entre Jesús y Judas, ¿cómo hubiese podido predecir cuál de sus discípulos iba a traicionarlo y cuándo?), y esa muerte en la cruz, para conseguir la cual tuvo que provocar sin duda a quienes ostentaban el poder, una vez llegado el momento oportuno (porque ¿qué otra cosa podía querer Cristo, un hombre tan poco ambicioso, con aquella entrada triunfal en Jerusalén?), ¿creéis que sería tan fácil?

Ya sé lo indiferentes que os habéis vuelto por culpa de tantos jóvenes que, en las últimas décadas, han intentado llamar la atención sobre sus propias doctrinas salvadoras mediante huelgas de hambre, prendiéndose fuego o recurriendo a la automutilación.

¿Creéis, sin embargo, que la muerte de Jesús fue fácil?

Ya sé, sí, que para un Cristo creyente —en un padre que un par de días después le llamaría junto a sí—, la muerte en la cruz era relativamente poca cosa. Si vosotros sabéis que ahora os toca permanecer colgados unas cuantas horas y sufrís lo indecible, pero en cualquier momento vais a perder el conocimiento a causa de la pérdida de sangre, y luego, cuando resucitéis al cabo de tres días, os considerarán unos héroes y, después de despediros de los amigos subiréis a la lujosa residencia de Vuestro rico padre, ¿dónde está el heroísmo?

Toda mujer que se somete al bisturí del cirujano plástico para embellecerse, es igualmente heroica, en cierto sentido. Es posible que durante unos días sienta unos dolores terribles, pero luego... ¡qué vida!

Mas ahora imaginaos que tuvieseis razón con vuestra teoría: que Cristo no creía ser hijo de Dios, y que toda la crucifixión no fue más

que una trama bien urdida para proporcionar la inmortalidad a su doctrina del amor al prójimo. ¡Horas y horas clavado en la cruz; el calor, la sed, la sangre, los dolores...! A su lado, los dos ladrones; abajo, su querida madre y los amigos, obligados a presenciar su terrible sufrimiento su humillación...

Y los gritos de una plebe hambrienta de sensacionalismos: «¡Si eres el hijo de Dios, baja de esa cruz!».

Entretanto, Jesús sabía perfectamente que solo podría bajar de aquella cruz si confesaba no ser lo que él había pretendido: el Hijo de Dios.

No hay que excluir la posibilidad de que, en el caso de retractarse, le hubiesen indultado, pese a estar ya en la cruz. Allí estaban presentes sacerdotes y fariseos, y un Cristo vivo y que confesara su engaño habría sido mil veces más útil para ellos que un mártir muerto.

Sin embargo, ¿qué hizo Cristo?

Dijo: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen».

Incluso en su hora más difícil siguió con su farsa, y precisamente con esa firmeza salvó al Dios que se había visto obligado a inventar por amor a los hombres.

«Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso», le prometió al ladrón que padecía en la cruz vecina.

¿Cómo no iba a existir un Dios en el que incluso en momentos de tal sufrimiento se podía confiar?

«Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Esta fue la única queja que se permitió Jesucristo. Pero para que nadie sospechara nada, el supuesto Padre celestial fue mencionado hasta en el momento de mayor angustia.

Al final, Jesús recobró totalmente el poder sobre sí mismo:

«*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*», mintió con las últimas fuerzas que le quedaban.

Solo entonces se permitió morir.  
¡QUÉ HOMBRE!

Sí, Cristo murió en la cruz por nosotros.

Y si se quiere ver la verdad en la interpretación que vosotros dais a su sacrificio, resulta que murió por nosotros de manera mucho más heroica y radical de lo que llegaron a suponer todos nuestros creyentes antepasados.

Porque, en tal caso, con sus treinta y tres años no renunció a su vida de forma transitoria sino de una vez para siempre.

Y no fue bondadoso con sus semejantes por esperar una recompensa divina, sino porque amor hacia ellos era sincero y real.

En consecuencia, no se sacrificó de manera tan espectacular por una vida en el paraíso, sino para que su mensaje de paz y amor se conservara siempre en la Tierra para bien de la humanidad.

Puede que Jesús de Nazaret mintiese, calumniase, fuese un charlatán y todo lo suyo fuera un engaño.

Mas... ¿por quién lo hizo?  
¡Solo por nosotros!

Quizá llegara a chantajear a sus coetáneos.

Pero... ¿para qué?

Para que temiesen unos juicios imaginarios y, bajo esta amenaza, al menos intentaran tratar un poco más humanamente a sus semejantes.

Me permito recordaros que la única sangre que se vertió entonces fue la suya. Y que esa poca sangre derramada consiguió más para todos nosotros que todas las guerras de liberación llevadas a cabo antes y después en nombre de la humanidad y, cínicamente, también en el suyo propio, y que produjeron millones y millones de víctimas.

Así pues, su estrategia no solo fue más humana que la de los demás caudillos, sino que también fue más inteligente.

¡Fue genial!

Por lo tanto, os pregunto:

¿Tan difícil sería admirar con humildad a un hombre semejante?

¿Consideráis realmente ridículo levantar los ojos hacia este hombre, y quizá incluso rezarle?

Él no os ha de oír.

Tampoco volverá al mundo para premiar vuestra devoción. Esta promesa fue otro de sus engaños.

Porque si vosotros estáis en lo cierto, Jesús fue un hombre y no un Dios.

Y los hombres no regresan nunca.

Pero tal vez, mediante vuestras oraciones, su ejemplo adquiera vida en vosotros, y con ello os ayudará aunque esté muerto.

Porque, en caso de duda, él os indicará, con ese ejemplo, como debéis comportaros, y pese a los dos mil años que os separan, aun hoy acudirá en vuestro auxilio, si le necesitáis.

Jesucristo, este hijo de un hombre, es, pues, en el mejor sentido de la palabra, digno de vuestras oraciones.

Merece que se le adore.

Mas este gran hombre se fue nos dejó su trabajo a nosotros, los proselitistas, los epígonos.

Nosotros, su Iglesia, debíamos difundir en la Tierra su mensaje de amor y compasión hacia los pobres, los enfermos y los débiles, para que entre los hombres reinase ya siempre la paz.

Pero nosotros, sus sucesores, no teníamos su carisma. Además, fuimos entrando poco a poco en una época en la que ya no bastaban los juegos de magia y las curaciones por hipnosis, y nos vimos en la necesidad de ofrecer a los fieles más ciencia o más misterio. Y dado que como religión no podíamos llegar muy lejos con la ciencia —si uno sabe algo, no necesita creerlo, y si uno cree algo, significa que no lo sabe—, nos orientamos hacia lo misterioso.

Sin embargo, no era tan fácil.

La sensación de solemnidad que, por lo visto, difundía a su alrededor la persona de Cristo, tuvo que ser creada de manera artificial por nosotros, los sucesores:

Construimos edificios altos y magníficos, esparcimos en su interior olores exóticos, los iluminamos con centenares de cirios, hicimos sonar dulces campanitas, cantamos extraños corales y hablamos en la lengua latina, para vosotros incomprensible.

El respeto que Jesucristo inspiraba, aunque fuera vestido de andrajos y con una corona de espinas en la cabeza, nosotros tuvimos que procurárnoslo con gran esfuerzo.

Para convenceros a vosotros, los fieles, de nuestro derecho a gobernaros, necesitamos vestiduras bordadas en oro, tiaras con diamantes engastados, pomposas ceremonias y espaciosos palacios.

Y para que, a pesar de tanta fastuosidad, os sintieseis en contacto personal con Dios, enviamos en pos de vosotros una hueste de sacerdotes que estaban día y noche a vuestra disposición, para consolaros y aconsejaros, y que a la vez vigilaban con severidad que verdaderamente acudieseis con regularidad a la iglesia.

Al objeto de que estos sacerdotes permaneciesen íntegros y dignos de confianza, hicimos irrenunciable su condición y ligamos a ella un mínimo de sustento material. Mas para que vosotros no pudieseis envidiarles por ello, les suprimimos una parte de los privilegios que concedíamos a los demás fieles: los sacerdotes se vieron obligados a vestir sotana negra y a vivir en perpetua castidad, con lo que dimos a estos servidores de Dios —que, al fin y al cabo, solo son seres humanos y anhelan aún más que los otros la dicha de la total sumisión— una medida adicional de placer en su fe.

Para que los miembros femeninos de nuestra Iglesia no se sintieran abrumados por el predominio de los pioneros masculinos, acentuamos el papel de la madre de Cristo y otorgamos a este una categoría que no le correspondía en absoluto como simple progenitora de un hombre genial.

Y para que vosotros, los fieles, no os sintierais demasiado libres en la Iglesia, añadimos a los Diez Mandamientos un catálogo de leyes detallado hasta el extremo de que en cada situación os indicaba exactamente cómo debía comportarse un buen católico y que, gracias a nuestros dogmas, pudimos ajustar en todo momento al siempre cambiante espíritu de la época.

Luego, a fin de que pudieseis hacer inmediata penitencia por las transgresiones que aun así se producían y no buscaseis un nuevo comienzo más que en nosotros, inventamos la confesión y un eficacísimo catálogo de castigos pequeños y grandes para cada infracción de nuestras leyes que recibía el nombre de *pecado*. Tales castigos os permitían cumplir una penitencia perfectamente adecuada a la importancia de vuestras culpas. Y nuestro perdón era celebrado con la Sagrada Eucaristía.

Diremos por último que, para que también los vacilantes y solitarios entre vosotros fuesen jeto de atención, fundamos órdenes y monasterios donde, juntamente con otros escépticos y solitarios,



podieran dedicarse minuto tras minuto a la causa del Señor y sofocar en su origen, bajo la constante presión de los deberes y ritos, cualquier pensamiento díscolo...

Pero todos esos complicados mecanismos que —conocedores de vuestras pequeñas y grandes debilidades— conseguimos establecer para vosotros con seguridad de visionarios a lo largo de dos milenios y mucho antes de la psicología, se hallan hoy destruidos.

Y como era de esperar, con ellos destruimos también nuestra Iglesia:

Con la incomprensibilidad se fue el misterio; con la teatralidad se fue también lo solemne; con la suntuosidad se nos fue la autoridad, junto con las riquezas perdimos nuestra integridad...

Porque, al hacernos cada vez más tolerantes ante vuestras faltas, nos privamos de la posibilidad de castigaros por ellas.

Al privaros, de la confesión susurrada a oscuras, también os privamos de la posibilidad desahogaros de manera anónima y gratuita.

Al ahorraros el duro veredicto de culpabilidad, os negamos el alivio de la penitencia.

Y al suprimir la Sagrada Eucaristía, os dejamos sin el pan de la vida.

Porque, a la vez que descendíamos más y más hacia vosotros en un intento de comprender vuestros problemas cotidianos, no tuvisteis nada hacia donde alzar la vista, y eso os hundió en unas dificultades todavía mayores.

Como demuestra el número de miembros de nuestra Iglesia, vosotros —pese a vuestras afirmaciones— no quisisteis seguir en una Iglesia que veía en vosotros a unos socios, y no unos súbditos.

Por mucho que aseguraseis no tener que dar cuentas a nadie, en el fondo anhelabais más que nada unos jueces muy severos.

Pero aquí estoy yo ahora, Juana II, vuestra recién elegida papisa, para cambiar todo lo que haga falta.

Y he decidido ofreceros de nuevo una Iglesia en la que, como antes, imperen la autoridad y el rigor, y en la que vuelva a ser posible cambiar la independencia por la seguridad que nos proporcionan unas reglas estrictas. Una Iglesia que os permita actuar apoyados en la responsabilidad ajena y no en la propia, y que precisamente por eso, os dé una libertad que nunca poseísteis al carecer de fe.

«Si Dios no existe —pregunta el gran poeta—, ¿entonces está todo permitido?».

¡Qué equivocación! Porque, sin Dios, nada, nada está permitido. Porque, sin Dios, no hay nadie que pudiese perdonaros, y os tocaría vivir hasta el fin de vuestros días en el infierno de vuestra propia conciencia.

Yo he decidido devolveros una Iglesia que os lo explique todo exactamente, desde el principio hasta el fin.

Porque vosotros sois incapaces de contemplar un prado lleno de flores y pensar simplemente: «¡Qué bonito!».

Queréis saber cómo, por qué, cuándo, para qué y quién lo creó, lo que costó y cuánto os corresponderá pagar por contemplar aquello.

«Si Dios no existe —dice el devoto—, ¿cómo pudo surgir aquí esta maravilla?».

¡Eso es!

En consecuencia, os suministraré a partir de ahora una historia de la Creación escrita para comerciantes: planificación, cálculo, producción, rendimiento, riesgo y precio final.

Os explicaré vuestro mundo como si se tratara de una autopista: la construyó fulano de tal, en seis días la tuvo terminada y al séptimo descansó, viendo que su obra era buena.

Esta autopista conduce del lugar llamado «Paraíso» al pueblo conocido por «Apocalipsis». Los indicadores están para hacer caso

de ellos; las flores, para admirarlas; las manzanas, para no morderlas; las serpientes, para seducir; las terneras para comerlas asadas; las ovejas, para pastar; los pastores, para tañer la chirimía, y vosotros, los automovilistas, estabais previstos en un principio para sentir agradecimiento por todo este panorama.

Y dado que no lo sentís, es de temer que la cosa acabe muy mal:

La Tierra se abrirá, de los cielos caerá fuego, y se acabó la bonita autopista.

Porque vosotros, los usuarios, no sois merecedores de ella.

Yo he decidido devolveros una Iglesia que os anestesie contra los dolores y os haga insensibles a las decepciones.

«Si Dios no existe —se interroga el cínico—, ¿no se acerca uno entonces más a los hombres?».

¡Ya lo creo que SÍ! Pero precisamente por eso necesitáis a Dios. Porque los hombres Se van.

Vuestras madres han de morir algún día, vuestros amantes os abandonarán, vuestros hijos os olvidarán, y vuestros éxitos os destruirán. La altura alcanzada en vuestra profesión no es más que la medida para calcular cómo será la caída que ya durante vuestro ascenso os preparan en secreto.

Si, en cambio, ancláis en vosotros vuestras medidas, si *creéis*, os haréis ampliamente insensibles al sufrimiento que casi forzosamente de seguir a una felicidad proporcionada por lo seres humanos.

Porque no podemos ser abandonados por Dios inventado por nosotros mismos. Solo los hombres pueden abandonarnos.

Y yo he decidido devolveros una Iglesia que dé un sentido a vuestra existencia y confiera objetivo a vuestra vida.

«Si no existe Dios —se preguntaba el sibarita—, ¿acaso no reside en la propia vida el sentido de esta?».

¡Exactamente! Pero es precisamente esta idea la que no podéis soportar.

Vosotros queréis una meta que no se halle en la propia vida cotidiana, y exigís una existencia cuyo objetivo no sea solamente la diversión.

Si os adherís a la doctrina que Jesucristo predicó como divina, no necesitaréis seguir viendo para vosotros mismos, sino que viviendo para los demás: para los enfermos, los pobres, los abandonados, los impedidos, los tristes y los moribundos.

Y esa vida os hará mucho más felices que todos los placeres actuales.

Porque entonces ya no tendréis que preguntaros si vuestras acciones tienen un sentido: dado que con ellas haréis menos desvalidos a los otros, lo veréis con vuestros propios ojos.

Y si realmente avanzáis por esta senda, quizá lleguéis a creer algún día que todos vuestros sacrificios quedan registrados en algún mundo mejor, donde después de vuestra muerte seréis recibidos con los brazos abiertos, en recompensa a la bondad demostrada.

Con ello habríais alcanzado el cenit de la fe cristiana.

Porque de vuestras buenas acciones no solo se aprovecharían los necesitados, sino que, en la hora de la muerte —en que sin duda alguna seréis vosotros los necesitados— también os han de servir de manera definitiva.

Hermanos y hermanas mías:

Como ya he dicho, el camino hasta este solio fue largo.

Igual que Jesucristo, cuya sucesora y representante soy yo ahora, utilicé en ese camino todos los trucos mediante los cuales podía seros de provecho.

Como él, no retrocedí ante nada que pudiera acercarme a la meta que ansiaba alcanzar por vosotros y solo por vosotros.

Me revestí con pieles de oveja y pieles de lobo, balando o aullando con vosotros según lo exigieran las circunstancias.

Me mostré más ávida de reformas y más liberal que los más progresistas entre mis competidores.

Interpreté para vosotros mi comedia feminista de un modo más convincente que todos los hombres que conmigo se presentaban como candidatos a este cargo: para que vosotras, hermanas mías, me votaseis por solidaridad, y vosotros, mis hermanos, lo hicieseis por mala conciencia.

Incluso para la preparación de este discurso me serví de una treta, la última.

Declaré necesitar todos estos objetos para demostraros cuán atrasada y ridícula había sido antes nuestra Iglesia.

Solo así pude conseguir que la anticuada figura del Crucificado se encuentre ahora en esta sala. Y solo así logré estas vestiduras papales.

Mas todos estos objetos no fueron nunca ridículos; eran necesarios.

Y dado que eran necesarios, eran también sagrados.

Por consiguiente, ahora mandaré retirar, ante vuestros ojos, a este Cristo alegre, para que nuestro Crucificado vuelva a ocupar su sitio...

Es posible que su presencia os produzca sentimientos de culpa, pero... ¿por qué no habríais de tenerlos?

¡Al fin y al cabo murió por todos nosotros!

Realizado esto, ante vuestros ojos me cubro el sencillo vestido negro con las prendas que corresponden a un verdadero papa.

Para comenzar, esta sotana blanca que simboliza la pureza de mi nueva dignidad y, por su color, demuestra que un papa debe estar siempre por encima de todo lo sucio y lo vulgar...

Ahora, estas sandalias ricamente bordadas, que ya por Su finura revelan que un papa en ningún caso tiene que ir a pie por la calle...

Un cisne que abandone su lago, fácilmente será confundido por la gente con un ganso...

Un papa que se mezcle con la multitud, rápidamente será considerado un hombre como todos los demás...

Y esto, en adelante, ya no debe suceder...

Ahora me revisto de este blanco manto pontificio, bordado en oro puro, que ya por su magnificencia infunde respeto hacia este cargo, y que por su amplitud y el espacio que requiere a su alrededor, os recordará que vosotros, los mortales corrientes, debéis manteneros a una prudente distancia...

El báculo con el escudo papal y el crucifijo...

El anillo de oro que pongo en mi mano derecha, para indicaros dónde hay que besar humildemente la mano de un papa...

Y por último, como coronación, la tiara, que ahora me voy a colocar yo misma con toda solemnidad sobre mi cabeza.

Hoy se trata aún de una imitación, pero pronto volverá a ser de oro puro y auténticas piedras preciosas...

Una tiara tan pesada y costosa, que quien la lleve será consciente en todo momento, gracias a este peso, de la extraordinaria dignidad de su tarea.

El aspecto que ahora tengo, hermanos y hermanas, era el de los antiguos papas de la Iglesia católica.

Y así volverá a ser a partir de hoy.

Este papa os hablará de la siguiente manera:

*AGNUS DEI, QUI TOLLIS PECCATA MUNDI:  
MISERERE NOBIS.*

*AGNUS DEI, QUI TOLLIS PECCATA MUNDI:  
MISERERE NOBIS.*

*AGNUS DEI, QUI TOLLIS PECCATA MUNDI:  
DONA NOBIS PACEM.*

Yo, Juana II, lo he dispuesto así en el día mi entrada en funciones.

AMÉN.

NO, por favor. ¡No me interrumpáis más!

Expreso mi agradecimiento a la empresa comercial que hasta aquí ha financiado este discurso.

Pero a partir de este momento, nuestra Iglesia ya no necesita de ningún mecenas mundano para difundir una alocución de su pontífice.

Cada uno de los dólares que les debamos por la supresión de los minutos de propaganda que faltan, les será devuelto.

Porque ahora mismo os hago el primer encargo, hermanos y hermanas:

De ahora en adelante, dedicaréis todas vuestras energías a edificar esta Iglesia partiendo de las ruinas que nos quedan de ella, dispuestos a llenarla de un renovado espíritu y un nuevo esplendor.

Vosotros, hijos e hijas de esta Iglesia, volveréis a ser los mensajeros infatigables del Evangelio.

Os esparciréis por el mundo entero en actividad misionera y, en un santo movimiento de renovación, buscaréis nuevos adeptos. No descansaréis hasta que nuestra comunidad vuelva a contar con centenares de millones de miembros, obispados en todas partes, templos siempre abarrotados y un ejército de sacerdotes y sacerdotisas.

¡Sacerdotisas, sí! ¡Porque ahora cuento ante todo con vosotras, hermanas mías! Los ideólogos masculinos han fracasado claramente, y solo con nuestra ayuda, la de las mujeres, podrá haber una verdadera renovación de esta Iglesia...

Mas lo haréis por la vía pacífica. Las únicas armas de que os serviréis serán el ejemplo y la palabra de Jesucristo.

Como Él, convenceréis a los escépticos e incrédulos simplemente por la felicidad que, gracias a ese amor renacido en vosotros,



irradiaréis hacia vuestros semejantes, y por la seguridad de que aquí, en nuestra Iglesia, pueden encontrar lo que en vano andaban buscando.

Con ello no perjudicáis a nadie. Dado que de cualquier forma necesitan algo que les salve de su libertad, vale más que caigan en nuestras manos que en las de los dictadores. Porque la ley suprema de los cristianos será siempre el amor al prójimo, mientras que los políticos solo se aprovechan de las ansias de obediencia del pueblo para sembrar todavía más odio y más dolor en este mundo.

Y llegará el día en que nuestra comunidad vuelva a ser tan grande, poderosa y rica que podamos adquirir de nuevo este palacio, en el que ahora solo se nos tolera, para que sea otra vez lo que fue durante siglos: la sede del pontífice; el corazón, el cerebro y el hogar de la Iglesia católica.

Una obra tan ingente no puede realizarse de la noche a la mañana.

Lo que hemos destruido en los últimos decenios, solo podremos reconstruirlo en siglos de paciente trabajo.

Pero yo, vuestra papisa, os asistiré en esta labor hasta el fin de mis días, y no permitiré que volváis a abrigar dudas respecto al sentido de este sagrado deber...

Me habéis oído bien, sí. Yo estaré en todo momento con vosotros, y no solo durante cuatro años, sino hasta el día de mi muerte.

Porque, de ahora en adelante, el papa de la Iglesia católica ya no es destituable: su misión será, como antes, para toda la vida.

A partir de hoy, ya no será elegido por vosotras, la comunidad, sino por el Sacro Colegio que en las próximas semanas voy a crear de nuevo.

Y la elección dejará de tener carácter público.

Como antaño, a la muerte de un papa vendrán todos los cardenales del mundo para determinar, en secreto cónclave, quién es el sucesor más digno y sabio.

Y sea cual fuere su elección, vosotros, fieles, la respetaréis y, como fue nuestra costumbre durante siglos, daréis la bienvenida nuevo pontífice con voces de júbilo y entusiasmo.

¿Por qué?

Porque yo, Juana II, así lo he dispuesto.

Y las disposiciones de un papa de la Iglesia católica romana ya no pueden impugnarse, a partir de hoy.

Como en otro tiempo, vuelven a ser *infallibles*.

De hoy en adelante rige lo siguiente:

Sea lo que fuere lo decidido por el Papa, este no puede errar.

Y para que os cueste menos creer lo que un primer momento puede pareceros monstruoso, vuestro papa volverá a hablaros en plural. Nos os comunicaremos lo que hemos decidido, y tanto si os gusta como si no, poco a poco tendréis la impresión de que quienes hablamos somos al menos dos: yo, la papisa, y Él, el Señor, que me ilumina en mis decisiones.

Por lo tanto, Nos volveremos a determinar si y cuándo habéis pecado, y os haremos saber el modo de expiar esas culpas.

NOS os ordenaremos cuándo debéis trabajar y cuándo podéis descansar, cuándo tenéis que rezar y cuándo festejar vuestras alegrías.

Nos os prohibiremos o permitiremos de nuevo amar a tal o cual persona, indicándoos exactamente cuánto tiempo debéis permanecer a su lado.

Nos volveremos a determinar, por vosotros si y con quién debéis engendrar hijos, y cuántos, o si os corresponde vivir en castidad y renunciar a este milagro, el más grande de todos.

Y así, paulatinamente, Nos volveremos a asumir la plena responsabilidad de vuestros actos y a decidir por vosotros todo cuanto supere vuestras fuerzas.

Y vosotros, los fieles, sentiréis gran alivio de que Nos os eximamos de estas decisiones, permitiéndoos así vivir en paz con vosotros mismos.

Llenos de agradecimiento depositaréis vuestra libertad en NUESTRAS manos, Nos pediréis órdenes y las obedeceréis con toda humildad.

Como antes, peregrinaréis hacia NOS con vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos para pedir la bendición, y el contacto de NUESTRAS manos os hará más dichosos que todo lo que hasta entonces habíais conocido.

Y aguantar todo eso será *mi* castigo.

Queridos hermanos y hermanas: os dije que hoy, en el día de mi entrada en funciones, me permitiría por primera y última vez el lujo de una absoluta sinceridad.

Porque *vosotros* olvidaréis lo que debo deciros. Tenéis que olvidarlo, por vuestra fe, y lo haréis.

A mí, el recuerdo de estas palabras de verdad me ayudará a soportar más fácilmente el peso de la época de mentiras y medias verdades que se me viene encima.

YO, Juana II, vuestra papisa, que no cree en Dios ni en el diablo, ni tampoco en la vida eterna ni en la eterna damnación, y que ama a Jesucristo por su gran humanidad y no por su carácter divino, y que no ama la vida por ningún fin remoto, sino por el momento..., yo seré la única perdedora en este asunto.

Porque, al intentar elevarme por encima de vosotros para gobernaros y juzgaros, estaré más sola que cualquier otra persona de este mundo.

Yo, que os amo y nada anhele tanto como ser amada por vosotros, tendré que contentarme ahora con vuestra obediencia, vuestro respeto y vuestra reverencia.

Yo, que tanto procuraba rodearme de gente, me veré obligada a vivir en aparados jardines y vastos palacios, para pareceros siempre misteriosa e inalcanzable.

Yo, que disfrutaba hablándoos cara a cara, tendré que permanecer en un lugar muy alto, en mis apariciones en público, y miraros desde arriba.

Yo, que necesito el contacto con otras personas, solo podré tocarlas para darles consuelo o la bendición, y cuando vosotros beséis mis manos o mis pies, no me lo haréis a mí, la mujer, sino a mí, la papisa.

Yo, que amo la palabra fácil y el gesto rápido, me mostraré grave y siempre mesurada, para que podáis creer que, junto con estas vestiduras, llevo también encima vuestras preocupaciones y penas.

Yo, que toda la vida empleé unos modales muy sencillos, tendré que dejarme llamar «Santidad» y prohibirme, en vuestro interés, toda familiaridad.

Y mientras que de día y de noche deberé tener el oído atento a vuestros problemas, no podré volver a hablar con nadie de los míos.

Porque un papa se dirige con sus angustias a Dios, no a los hombres.

Al cambiar mi acostumbrada pobreza por la magnificencia de este cargo, que yo misma he restablecido, sé que me sentiré más avergonzada de este lujo de lo que cualquiera de los que viven en la opulencia se haya podido sentir jamás.

¡Cómo despreciaba yo de jovencita a los ricos! ¡Cómo me repugnaban!

Porque... ¡qué falta de sensibilidad delata, por ejemplo, en este mundo, la posesión de valiosas joyas y ropas lujosas!

¡Qué frialdad de sentimientos revela el mantenimiento de una servidumbre personal!

Ante la miseria existente en este mundo, ¡qué enorme falta de buen gusto significa toda acumulación de selectas obras de arte!

¡Qué testimonio de la estupidez y de la falta de fantasía por parte de su conductor representa un automóvil lujoso!, y ¿acaso no es toda mansión señorial un monumento a la banalidad de sus ocupantes?

¡Y precisamente yo, una criatura de la pobreza, que jugaba entre ratas y cucarachas, debo cargar ahora con esta riqueza!

Porque la razón me dice que nada puedo dar a los pobres, con los regalos que aún podría hacerles, mientras que con una Iglesia resplandeciente les proporcionaré, al menos, el sueño de un mundo en el que reinará la justicia eterna y nadie volverá a pasar hambre.

Al deciros en adelante lo que es bueno y lo que es malo, y determinar con exactitud cuándo cometéis un pecado, seré yo sola quien realmente puede hacerse culpable.

Al concentrar en mi persona toda responsabilidad, al pensar y decidir por vosotros, seré yo, la infalible, la única que podrá cometer errores.

Todo amor, al que en adelante renunciéis en nombre de mis leyes, pesará para siempre sobre mi conciencia.

Cada hijo que os llegue sin desearlo, será mío.

Y así como vosotros podréis hacernos siempre responsables, a Dios y a mí, de los sufrimientos que os sobrevengan, yo no puedo repartir esa responsabilidad con nadie.

Y si, contra lo que es de esperar, una vida así resultara feliz, a nadie podré agradecérselo más que al azar.

Mientras que, paulatinamente, os devuelvo a vosotros la fe, yo seré la única que no la tiene.

Porque mientras vosotros iréis pensando, poco a poco, que hablo de más de uno al emplear el Nos, yo tendré siempre presente que me refiero a una sola persona, y que el Nos es solo una solitaria mujer envuelta en manto de seda.

Y mientras vosotros, contra toda razón, empecéis a creer de nuevo que a esta vida le sigue otra, en la que no habrá dolores ni padecimientos y que no tendrá fin, yo me diré siempre que fui yo la que volvió a poner de moda esa idea. Y cuando me llegue mi hora, al contrario de vosotros, moriré con la clara conciencia de que más allá de esta vida solo me espera la muerte.

Porque vosotros, o bien olvidaréis estas verdades u os diréis que esta primera papisa que se denominó a sí misma «la Segunda» no tuvo más que un error: el no reconocimiento de la existencia de Dios.

O quizá, compadecida ante vuestras dudas, reconozca yo misma un día ese «error».

Sabré, sin embargo, en todo momento, que aquí, en la central del Todopoderoso, nunca me encontré a nadie más que a mi, a mí, a mí.

Este, hermanos y hermanas, es el precio que debo pagar por mi cargo.

Este es el castigo por el poder que sobre vosotros ejerceré a partir de hoy.

Mas todo lo aceptaré por vuestra felicidad, y sabré soportarlo con dignidad y entereza hasta el fin de mis días.

Juro esto yo, vuestra papisa Juana II, en el día de mi entrada en funciones y en mi propio nombre.

AMEN.

Y ahora que este discurso ha terminado, a una señal mía empezarán a sonar las campanas de esta ciudad...

¡Escuchad! ¡Las campanas de Roma!  
¿Las oís?

Cuando su sonido se extinga, saldré al balcón e impartiré mi bendición a las personas que aguardan en la plaza.

Todavía son pocas las campanas que suenan por la entronización de un papa...

Todavía son pocas las personas congregadas ahí fuera...

Pero cuando hayamos alcanzado nuestro objetivo, en una ceremonia así resonarán las campanas de toda la ciudad, y en la plaza de San Pedro habrá centenares de miles de fieles esperando con anhelo la bendición de su nuevo pontífice.

Ahora recemos:

*GLORIA IN EXCELSIS DEO  
ET IN TERRA PAX HOMINIBUS BONAE VOLUNTATIS.  
LAUDAMUS TE,  
BENEDICIMUS TE.  
ADORAMUS TE,  
GLORIFICAMUS TE,  
GRATIAS AGIMUS TIBI PROPTER MAGNAM GLORIAM TUAM,  
DOMINE DEUS, REX COELESTIS,  
DEUS PATER OMNIPOTENS.  
DOMINE FILI UNIGENITE, JESU CHRISTE.  
DOMINE DELIS, AGNUS DEI, FILIUS PATRIS,  
QUI TOLLIS PECCATA MUNDI, MISERERE NOBIS,  
QUI TOLLIS PECCATA MUNDI, SUSCIPE DEPRECATIONEM  
NOSTRAM.  
QUI SEDES AD DEXTERAM PATRIS, MISERERE NOBIS.  
QUONIAM TU SOLUS SANCTUS, TU SOLUS DOMINUS,*



*TU SOLUS ALTISSIMUS,  
JESU CHRISTE,  
CUM SANCTO SPIRITU:  
IN GLORIA PATRIS.  
AMEN.*

*Las campanas han dejado de sonar.  
Ha llegado mi hora.*

*Esta carga es excesiva para mí.  
¡Tengo miedo!*

*Señor, en el caso de que tú, contrariamente a toda razón humana y merced a un milagro incomprensible para tu indigna cierva, existieras en realidad, te suplico: ¡perdona mis pecados!*

*Y en el caso de que este discurso fuera uno de ellos, te suplico con toda humildad la gracia de tu divino perdón.*

*Es cierto que he dicho la verdad y nada más que la verdad, pero soy solo una mujer y puedo errar.*

*CONFITEOR DEO OMNIPOTENTI ET VOBIS, FRATRES, QUIA  
PECCAVI NIMIS COGITATIONE, VERBO, OPERE ET OMISSIONE:  
MEA CULPA,  
MEA CULPA,  
MEA MAXIMA CULPA.*

*Jesucristo, en el caso de que, contrariamente a toda humana capacidad de imaginación, te halles sentado a la diestra de tu padre y, merced a un misterio incomprensible para tu indigna sucesora, me mires desde allí arriba, apiádate de mí y asísteme en esta hora tan difícil.*

*CREDO IN UNUM DEUM,  
PATREM OMNIPOTENTEM,  
FACTOREM COELI ET TERRAE,  
VISIBILIUM OMNIUM ET INVISIBILIUM.  
ET IN UNUM DOMINUM IESUM CHRISTUM  
FILIIUM DEI UNIGENITUM.*

ET EX PATRE NATUM  
ANTE OMNIA SEcula.  
DEUM DE DEO,  
LUMEN DE LUMINE,  
DEUM VERUM DE DEO VERO.  
GENITUM, NON FACTUM, CONSUBSTANCIALEM PATRI,  
PER QUEM OMNIA FACTA SUNT.  
QUI PROPTER NOS HOMINES  
ET PROPTER NOSTRAM SALUTEM  
DESCENDIT DE COELIS.  
ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO  
EX MARIA VIRGINE,  
ET HOMO FACTUS EST.  
CRUCIFIXUS ECIAm PRO NOBIS.  
SUB PONCIO PILATO  
PASSUS ET SEPULTOS EST.  
ET RESURREXIT TERCIA DIE, SECUNDUM SCRIPTURAS.  
ET ASCENDIT IN COELUM.  
SEDET AD DEXTERAM PATRIS  
ET ITERUM VENTURUS EST CUM GLORIA  
IUDICARE VIVOS ET MORTUOS,  
CUIUS REGNI NON ERIT FINIS.  
ET IN SPIRITUM SANCTUM DOMINUM  
ET VIVIFICANTEM.  
QUI EX PATRE FILIOQUE PROCEDIT.  
QUI CUM PATRE ET FILIO  
SIMUL ADORATUR ET CONGLORIFICATUR.  
QUI LOCUTUS EST PER PROFETAS.  
ET UNAM, SANCTAM, CATOLICAM  
ET APOSTOLICAM ECLESIAM.  
CONFITEOR UNUM BAPTISMA  
IN REMISSIONEM PECATORUM.  
ET EXPECTO RESURRECTIONEM MORTUORUM.  
ET VITAM VENTURI SEculi,

*AMEN.*

*Señor, en Tus manos deposito mi destino.*

*Ilumíname con tu eterna sabiduría y condúceme por el camino verdadero.*

*NOS, Juana II, estamos dispuestas.*

# Postscriptum

Este libro fue escrito bajo la impresión de los viajes del papa Juan Pablo II, que provocaron una gran controversia sobre los valores del catolicismo, incluso en las propias filas de la Iglesia católica.

La que más me fascinó fue la crítica de la parte progresista del clero y de los fieles que, ante la firmeza con que este papa defiende los principios básicos de la Iglesia actual, le reprochan cada vez más una actitud reaccionaria y, aunque moderándose en cierto modo, exigen unas reformas que, según ellos, debieran haberse realizado hace ya tiempo. El catálogo de estas reformas se inicia muy modestamente con la supresión del celibato obligatorio para los sacerdotes, con la aprobación del divorcio y del aborto para los fieles, y culmina en peticiones como la de la abolición del dogma de la infalibilidad papal y la de la renuncia de la Iglesia a sus posesiones materiales en favor de los pobres.

Con este «discurso inaugural» he querido poner de manifiesto las consecuencias que forzosamente traerían consigo la paulatina liberalización y el empobrecimiento material de la Iglesia católica, así como preguntar a los progresistas si todo ello sería deseable y si, una vez puesto en práctica, podría ser invalidado en caso de considerarlo necesario.

Ruego al lector que me crea si le digo que este libro, a pesar de que pueda resultar extraño e incluso ofensivo en algunos pasajes para los católicos ortodoxos, fue escrito con el mayor respeto hacia esta religión. Una de las razones que me impulsaron a escribirlo fue, precisamente, mi preocupación por la supervivencia de una Iglesia

que, a mi juicio, satisface el anhelo humano de autoridad de una manera más eficiente —es decir, con más alegría para sus adeptos y menos perjuicio para los de fuera— que todas las sectas y organizaciones políticas radicales que, sobre todo en lo que respecta a la gente joven, la van desplazando gradualmente. Una Iglesia por cuya supervivencia deberíamos interesarnos incluso los no creyentes, porque quizá algún día represente nuestro último recurso para desembarazarnos del peso de nuestra excesiva libertad de acción y pensamiento.

Sin embargo, se me interpretarla muy mal si en esta Obra se viese una condena del agnosticismo. Intento, por el contrario, demostrar también cuán arrogante es la actitud de aquellos cristianos que, sin más, atribuyen el rechazo de la fe a una debilidad de carácter, en lugar de ver otra posibilidad: la expresión suprema de la valentía humana ante el mayor enemigo que todos tenemos, la propia libertad.

Alcanzaría mi objetivo como escritora si este discurso se interpretara de dos maneras: como una defensa del catolicismo actual y como la sincera confesión de una incrédula, la ficticia papisa Juana II, que, pese a todas las seducciones de su religión, soporta su libertad hasta las últimas consecuencias y, llena de compasión, asume la responsabilidad de las acciones cometidas por aquellos que, al Ser más débiles que ella, no pueden vivir sin fe, y se pone a su disposición como mascarón de proa.

Pero, al final, también ella —quizá solo aparentemente, porque... ¿no advirtió ella misma que también podría fingir fe por compasión? — sucumbe al hechizo y a la sabiduría de esta religión, no comprensible por medios racionales.

Tal vez deba señalar que *El discurso inaugural de la papisa americana* es la continuación de otros trabajos anteriores. El miedo a la libertad —el anhelo de depositar toda responsabilidad personal en manos de otro y someterse voluntariamente a sus órdenes— ha sido

siempre el tema de mi labor literaria y, probablemente, influirá en ella hasta el final.

Hoy día reconozco que mi preferencia por este motivo guarda profunda relación con mi origen. Argentina, país donde nací y me crié; esa pampa infinita; la enorme ciudad de Buenos Aires, carente de rostro y de historia, formada por una sociedad de inmigrantes de todos los grupos étnicos; la política gubernamental, que después del desastre peronista navega a la deriva, sin ideales, mi propio origen heterogéneo...; todo ello me ocasionó un gran individualismo, así como un deseo de tener fronteras, raíces y vinculación, de tener una orientación, una imagen tutelar y una guía moral.

Todo esto halló un complemento inesperado en mi posterior traslado provisional a Alemania. El problema de la culpabilidad alemana, que al menos al principio domina a quienes llegan de fuera, me mostró pronto la otra cara de la moneda. ¿Cómo era posible que muchos de aquellos hombres que yo iba conociendo, de aspecto tan inofensivo, hubiesen perpetrado, pocos años antes y por orden de una sola persona, el crimen del milenio, y que millones de mujeres aclamasen a un tipo tan poco atractivo, cuando por la calle ya pasaban delante de ellas las futuras víctimas infantiles, marcadas con la estrella amarilla?

¿Cómo se explica esto, si no es por un poderoso anhelo de tener unas reglas obligatorias, cosa que reconocí en mí misma con mucha claridad, y que convierte a los seres humanos mártires o bestias, según quien les mande?

«Dado que, de cualquier forma, necesitan algo que les proteja de su libertad —dice la papisa—, siempre será preferible que caigan en nuestras manos antes que en las de los dictadores. Porque la ley suprema de los cristianos será siempre el amor al prójimo, mientras que los políticos solo se aprovechan de ese anhelo de obediencia para imponer en este mundo todavía más odio y más dolor».

En efecto: ¡qué bendición, si en aquel entonces las Iglesias de Alemania se hubiesen mostrado fuertes! Los únicos que realmente presentaban una resistencia absoluta y preferían morir antes que

colaborar con aquel hatajo de asesinos fueron los Testigos de Jehová, de los que tanto se ríe la gente. Su fe cristiana no solo constaba en su partida de bautismo.

Mi primera obra, para la que nunca encontré editor, fue la historia de un hombre carente de fe, que ingresa voluntariamente en una orden religiosa y, pese a su incapacidad para tener fe, encuentra en el estricto ritual del convento una dicha que en el mundo había buscado en vano. Sobre este tema escribí un guión radiofónico que fue emitido, aunque nadie le dio importancia, y después una obra teatral, que no halló escenario dispuesto a representarla.

Después de estos fracasos decidí hacer mi tema más comprensible, mediante un ejemplo más popular, y escribí el libelo titulado *El varón domado*. Quise explicar en él cómo las personas — en este caso, hombres—, que tienen todas las posibilidades de llevar una existencia libre, renuncian *voluntariamente* a ello y se atan allí donde, con toda certeza, nunca les permitirán ni la más mínima extravagancia. A pesar de que la obra contiene un capítulo entero sobre el *miedo a la libertad* y toca el tema de manera distinta en cada capítulo, fue interpretada muy a la ligera como una declaración de guerra contra el feminismo. Pocos se habían dado cuenta de que el libro también pone en duda, principalmente, el ansia de libertad.

Sin embargo, creí llegado el momento de escribir una especie de *leitmotiv* para mi próxima obra, y poco después publiqué el ensayo titulado *Die Lust an der Unfreiheit* libro cuya impresión pagué personalmente. Pese a que entonces no me faltaba popularidad, el libro solo fue comentado por tres críticos, que indicaron todos el paralelismo existente entre este y la «obra escándalo». Los demás no quisieron saber nada; de pronto, yo me había convertido en algo semejante a una especialista en la conducta de los sexos. Nada más querían reconocer en mí.

Comprendí que, antes de volver al punto de partida, debía retirar los escombros dejados por este libro, por lo que amplié la demostración en la obra *El varón polígamo* y en *Modelo* para un

nuevo machismo, hice varias propuestas en busca de una solución: ambos sexos, hombres y mujeres, deberían ejercer una profesión — aunque con un horario de trabajo muy reducido—, para que, en el futuro, unos y otros tuviesen unas tareas que cumplir y también unas horas para vivir.

Con esta obra, que propiamente debía poner fin al tema, volví a encontrarme de pronto en medio de una nueva ola de discusiones cuya aclaración me interesaba a mí misma, aunque solo fuera porque —siempre según mi opinión— podía resultar de una utilidad inmediata. Una detrás de otra escribí las obras *Die Fünfstunden-Gesellschaft*, el manifiesto en forma de libro titulado *Viejos* y, en tercer lugar, el cuento *Bitte keinen Mozart*, con objeto de explicar en todos los sentidos y para todas las edades las ventajas de mi propuesta referente a una reducción de los horarios de trabajo.

Y en cada una de estas obras procuré dejar huellas del *miedo a la libertad*, cosa menos extravagante de lo que aquí pueda parecer porque el incremento de tiempo libre que yo proponía —y al que no podemos escapar, dados los rapidísimos progresos de la automatización— era ya de por sí un aumento de la *libertad*. No de la libertad en mayúscula y existencial, sobre la que me habría gustado escribir, sino la de aquellas personas de edad forzosamente jubiladas cada vez más pronto; la libertad de los hombres que, hasta ese momento, habían dado un sentido a su vida con el trabajo; la de las mujeres que, gracias a los robots domésticos y al menor número de hijos, quedan en cierta manera prácticamente sin trabajo. Para todas esas personas, las dos horas de libertad adicional de que podrán disponer a partir de ahora o dentro de poco tiempo, constituirán una carga psíquica. Los efectos secundarios sociales ya son mensurables ahora: en las regiones donde más abunda el paro, no solo aumenta el índice de criminalidad, sino también el de suicidios.

De cualquier forma, por fin quedé «libre» para retornar a mi verdadera tarea. Escribí una obra teatral, *Die neuen Prinzen*, para exponer el tema del miedo a la libertad poniendo como ejemplo el



«terrorismo de la prosperidad» que se da en la República Federal de Alemania. Terminé este «Discurso inaugural» y comencé, al mismo tiempo, un ensayo, una novela y una comedia, obras todas que presentan ejemplos fácilmente comprensibles de este anhelo hacia un sometimiento voluntario.

Hace tiempo que comprendí que este tema, que en mi juventud me parecía tan extraordinario, no es un descubrimiento mío. Bien mirado, se trata incluso de un tópico: *Sobre la servidumbre voluntaria del hombre*, de Etienne de la Boétie; *Los hermanos Karamazov*, de Dostoyevski; *Historia de O*, de Pauline Reage; *Un amor de Swann*, de Marcel Proust..., todos estos libros tratan de la satisfacción de la obediencia. Vistas a través de mis gafas, casi todas las novelas pertenecen a esta categoría, y también entre los filósofos creo descubrir el tema bajo un disfraz u otro. ¿Por qué, pues, no se ha hecho más popular? ¿Qué es lo que nos lleva a actuar como si los hombres luchasen exclusivamente por la libertad, cuando en todas partes demuestran lo contrario?

Supongo que el motivo se halla en el terreno de la ética. Hasta hace muy poco tiempo, nuestra sociedad vivía involuntariamente esclavizada por los cuatro costados, y todavía lo está en muchas partes del mundo. Los burgueses necesitaban liberarse de las pretensiones de dominio de la Iglesia que, mientras estuvo en combinación con el poder supremo del Estado, desgraciadamente no se preocupó nunca por averiguar si quienes vivían según sus leyes lo hacían de buen grado o impulsados por el temor a una persecución. Los obreros tenían que ser protegidos del afán de provecho de los empresarios; los niños, de los sadismos de los adultos, y cosas por el estilo. Propagar, en tal situación, la idea de que los hombres no se ponen al servicio de otros solamente por obligación, sino también con gusto y de manera voluntaria —y que incluso lo ansían—, habría causado una confusión de conceptos que, sin duda alguna, hubiera sido aprovechada por los grupos oportunistas para una explotación todavía mayor. El tema era tabú. Dilucidar la ilusión por la obediencia habría significado, para un escritor, algo equivalente a una actitud

reaccionaria... «¿Qué monstruo de vicio es este, para el que hasta el nombre de “cobardía” sería poco?» —escribió Etienne de la Boétie en su ensayo titulado *Sobre la voluntaria servidumbre del hombre*, de 1548— ¡No tenemos palabra suficientemente fea para describirlo! La naturaleza niega haber creado algo semejante, y la lengua no nos da nombre alguno para eso.

Pero entretanto los tiempos han cambiado de forma dramática, con respecto a los adelantados países de Occidente. Hoy sería algo reaccionario ignorar ese afán de obediencia, porque tal sentimiento, que antes solo podía ser comprendido, a lo sumo, por la élite de los artistas y de los ricos —a decir, por aquellos que tenían tiempo para pensar y no se veían *obligados* a la obediencia—, es ahora asequible a un vasto sector de la población, dado el creciente nivel de vida. Hoy día, uno puede creer o no, puede ser fiel o no, tener hijos o no, amar a hombres o mujeres, elegir el lugar de residencia y expresar abiertamente su opinión. Y esta nueva libertad, para la que uno no estaba en absoluto preparado, resulta insoportable para muchos. Por desgracia, para casi todo el mundo. Y si no procedemos con cautela, muy en breve nos veremos catapultados de nuevo hacia aquella esclavitud involuntaria de la que, con tanto sacrificio, acabamos de liberarnos.

Pero ¿acaso puede uno prepararse para la libertad? ¿Es posible vacunarse de algún modo contra el miedo a la propia independencia? ¿*Existe una receta para el valor*? No me refiero al valor que exige la lucha por los derechos de otros, porque eso significarla otra vez una satisfacción del deseo de servir, sino al valor para *uno mismo*.

Yo no lo creo, y aquí cito (suprimiendo algunas exageraciones incluidas entonces para una mejor comprensión) varios pasajes de mi obra *El varón domado*: «Solo los oprimidos pueden desarrollar en sí mismos la necesidad de libertad. En cuanto son libres —y siempre que sean lo suficientemente inteligentes como para poder medir esa libertad con todas sus consecuencias— su anterior ansia de libertad

se transforma en todo lo contrario: se asustan y empiezan a sentir nostalgia del cobijo que dan las ataduras firmes.

»El ser humano no es nunca libre durante los primeros años de su vida. Está enclaustrado entre las reglas de los adultos y, como carece aún de experiencia del comportamiento social, depende plenamente de esas reglas. Por eso desarrolla un intenso deseo de libertad, ansía por encima de todo escaparse de su cárcel, y lo hace en cuanto se le presenta la ocasión. Una vez libre, por fin, y si es *tonto*, se encontrará muy bien con su libertad e intentará conservarla. Un ser humano tonto no piensa en abstracto, no abandona nunca su propio terreno y no conoce, por tanto, ninguna angustia existencial. No teme a la muerte (no puede imaginársela) ni se pregunta por el sentido de la vida, pues todas sus acciones tienen un inmediato sentido en la satisfacción de su pasión por la comodidad, y con eso le basta. También le son ajenas las necesidades religiosas. Si, a pesar de todo, estas apareciesen, el hombre tonto las satisface rápidamente consigo mismo, pues es propio del carácter de los tontos ser capaces de admirar sin inhibiciones su propia persona (cuando un tonto pertenece a una religión, es *solamente para ir al cielo*; Dios Nuestro Señor es, sencillamente, el ser que ha de prestarle ese servicio).

»Muy diferente es la situación del hombre inteligente: al principio considera sin duda la liberación como un aligeramiento infinito, se embriaga con las perspectivas grandiosas de su independencia; pero en cuanto se propone hacer uso de esa libertad, o sea, en cuanto pretende comprometerse, mediante una acción libre, en tal o cual sentido, le salen al encuentro el temor y la angustia: como es capaz de pensar en abstracto, sabe que cada una de sus acciones contiene la posibilidad de infinitos efectos diferentes, consecuencias que no puede prever en su totalidad, a pesar de su inteligencia, y de las que será plenamente responsable una vez que se haya decidido libremente por su acción.

»¡Con qué gusto se abstendría de hacer nada, por miedo a los efectos negativos de sus actos! Pero como eso no es posible —el

hombre está condenado a la acción— empieza a sentir nostalgia de las rígidas reglas de su infancia, nostalgia de alguien que le diga lo que debe hacer y lo que no debe hacer, dando de nuevo un sentido a sus acciones, que ahora carecen de él (pues están ciertamente, en última instancia, al servicio de su propia necesidad de comodidad; pero... y *él mismo*, ¿qué sentido tiene?), y aligerándole de su gran responsabilidad. Se busca entonces un Dios que ocupe el lugar del Dios de su infancia —que en general era su madre— y al que pueda someterse incondicionalmente.

»Lo que más le gustaría sería poder contar con un Dios riguroso, ciertamente, pero también justo, sabio y omnipotente, como el de los judíos, por ejemplo, o el de los cristianos o los mahometanos. Pero como este hombre es inteligente, sabe, como es natural, que un ser así no puede existir, que todo adulto es *per definitionem* su propio Dios y que, por lo tanto, no podrá satisfacer nunca su propio placer de la *ilibertad* (la vuelta a un estadio parecido al de la dependencia de la primera infancia le procura un bienestar profundo) si no es mediante unas reglas establecidas por él mismo. Consecuentemente, Se dedica a elaborar esas reglas (esos dioses).

»Lo hace inconscientemente con los demás; registra sus experiencias como los demás, las compara con las de los demás, descubre rasgos comunes en las de todos, sintetiza inconscientemente en forma de reglas esos rasgos comunes e inventa así leyes del comportamiento “con sentido” (o sea, útiles para alguien o para algo externo a él mismo), y luego se somete a esas leyes. Los *sistemas* nacidos así se amplían constantemente por vías colectivas e individuales, y pronto se hacen tan complejos que el individuo no consigue ya dominarlos con la mirada; en ese momento se hacen autónomos y “divinos”. Ya lo único que se puede hacer con sus leyes es *confiar en ellas* —igual que el niño sin experiencia tuvo que dar fe a las leyes paternas, en parte dotadas de sentido y en parte absurdas—, pero lo que ya no se puede hacer es controlarlas; su violación está amenazada por la excomunicación y la pérdida de la protección colectiva. El marxismo, el amor al prójimo,

el racismo o el nacionalismo son sistemas así, y los hombres que consiguen satisfacer con ellos Sus necesidades religiosas son mucho más inmunes al sometimiento a una sola persona».

Pero esta inmunidad no es nada deseable, por desgracia. Dado que —si las suposiciones que acabamos de hacer son ciertas— uno quiere someterse de todas maneras, siempre es mejor hacerlo solo que en una colectividad. Luchar contra el sometimiento individual no libertada a los hombres, sino que los arrojarla simplemente en brazos de la colectividad. Quien no halla a Dios en una persona determinada, lo busca en una ideología; y aquí es donde empieza el verdadero peligro que trae consigo el *miedo a la libertad*.

Además, la lucha contra el placer de la obediencia individualmente satisfecho sería idéntica a la lucha contra la felicidad. Yo he subrayado siempre que no censuro el sometimiento *voluntario* de una persona a otra. Lo único que quisiera es que esa persona se diese cuenta de lo que hace y no se dejara insultar, encima, por trabajar durante toda su vida en una fábrica para otro.

Si el hombre comprende esto, se impone Otra pregunta: ¿no perderá entonces toda la ilusión puesta en su rendimiento? ¿No resulta brutal esta desmitificación? La respuesta es que no. El deseo de servir solo se pierde cuando uno ya no considera adorable al servido, cuando uno ya no le ama. Y esto ocurriría en cualquier caso, con o sin teoría.

A O., la heroína inventada por una autora femenina para su novela *Historia de O*, aún hoy de mala fama, hubiesen podido contarle mil cosas sobre la insignificancia de su amado, que nada le habría importado. La dicha que encontraba en la realización de los deseos de ese hombre era mil veces superior a la de él o a la de los hombres a cuya «disposición» él la puso luego en Roissy. Y no quiso despertar.

«¡Si uno piensa que yo desperdicié años de mi vida, que ansiaba morir y que sentía el máximo amor por una mujer que no me gustaba

y que no era mi tipo...!», hace exclamar Marcel Proust a su protagonista, al final de la novela titulada *Un amor de Swann*. Sin embargo, el beneficio de Swann fue mayor que el de aquella parisiense sin fantasía que, con la adoración de tan brillante hombre, no hacía más que calentar su ego miserable, y que únicamente logró mantenerle a distancia durante cuatro años de un modo tan contundente, gracias a una estupidez que la inmunizaba contra toda pasión.

Mas no solo el amor constituye un ejemplo para el miedo a la libertad individualmente satisfecho. También el amor al prójimo, practicado de forma individual, entra dentro de esta esfera. Igual como haríamos con la persona amada podemos entregarnos al servicio de un ser necesitado de ayuda, ya sea que le conozcamos en estas condiciones o bien —y esta es la forma más extendida de la caridad— se le Cree para la propia satisfacción: por ejemplo, engendrando un hijo mientras dura el desvalimiento del otro, no hace falta preguntarse si las propias acciones tienen sentido, que ese ser no podría sobrevivir sin este sacrificio permanente es indiscutible, y ambas partes se benefician, sobre todo —naturalmente— quien presta el servicio.

Existe asimismo la satisfacción adquirible de los deseos de subordinación: los behavioristas psicólogos, adivinos y astrólogos le explican muy gustosos a uno qué o cuándo hay que hacer no hacer, esto o aquello, y lo que a uno le conviene o no. Tampoco en este caso sale perjudicado el que se sacrifica: recibe la orientación que, de otra manera, no hallaría en ninguna parte. El otro obtiene únicamente el dinero, ¿puede creer un astrólogo en la infalibilidad de los cuerpos celestes, o un psicoanalista en la sabiduría de un colega?

Probablemente, también el creciente consumo de una música cada vez más rítmica constituye un síntoma de tal satisfacción comprable. Nuestros padres, todavía esclavizados sin querer, se relajaban escuchando dulces melodías, mientras que el hombre

liberado de hoy someterse al dominio ensordecedor y severo de otro, aunque solo sea mientras dura un disco.

Todas estas variantes de la satisfacción de un placer son, como hemos dicho, ampliamente inofensivas. Se trata de *religiones individuales*, en las que cierta persona se somete a otra persona determinada. Solo sale perjudicado uno, en el peor de los casos, y esto únicamente cuando las circunstancias le obligan a darse cuenta de los gastos que le ha producido su orgía de sometimiento. Si la persona es sincera, se dirá que, pese a todo, ha valido la pena y emprenderá de inmediato la busca de una sustitución.

Pero... ¡ay de ella si no la encuentra! Si su amor termina antes de que aparezca el siguiente en el horizonte, si el objetivo de su caridad se independiza y ya no la necesita, o si la orientación que antes compraba se hace inasequible, entonces no le queda otro recurso, para apaciguar el *temor existencial* (el hecho de que nadie necesite sus servicios le da miedo y su vida le parece *carente de sentido*), que las pastillas, las drogas o el alcohol; o intenta poner barreras a, sus pensamientos a base del trabajo, o bien se deja envolver por los tentáculos de quienes la mantendrán Ocupada con un sentido hasta el fin de sus días, ya sea al servicio de alguien o de algo, que no sea ella. Esta persona se convertirá en adepto de una de las numerosas *religiones colectivas* —se hará cristiano, budista, marxista, stalinista, socialista, feminista, masculinista, fascista, nacionalista, racista, etcétera—, y en adelante aplacará su *miedo a la libertad* unido a otros en su servicio a una *ideología*.

La tercera posibilidad —de demostrar valor e intentar ser *su propio dueño*, al menos por espacio de un par de años— existe también. Pero dado que esta no ofrece el sistema de servir a nadie —como no sea que uno conceda cada día una entrevista y hable sobre las satisfacciones de la libertad y se convierta con ello en discípulo de una nueva *ideología*—, no suele ser objeto de discusión.

En mi ensayo titulado *Die Lust an der Vnfreiheiz* describo con más detalle los mecanismos psicológicos que nos arrojan a los

brazos de los ideólogos y las condiciones que ha de reunir una religión colectiva para que uno se sienta a gusto como su seguidor:

En primer lugar, tiene que ofrecer una coartada para la propia vida, una coartada para uno mismo. La existencia del creyente ha de adquirir un sentido, un sentido para alguien o algo que no sea uno. Por consiguiente, una buena religión colectiva tiene un *objetivo*. Este puede ser *realista* (mejora de la estructura social en el sistema llamado socialismo; ampliación del territorio en el sistema llamado nacionalismo; exterminio de una raza en el sistema llamado racismo) o *utópico* (vida eterna, de acuerdo con el sistema llamado cristianismo; autodisolución en las reencarnaciones del sistema budista, etcétera). Las religiones con objetivos inalcanzables resultan superiores a las demás: una meta alcanzada es desastrosa para toda religión, ya que esta perderla su sentido. El ideal de la *eterna felicidad* solo podría perder su esplendor mágico una vez finalizada la vida; sin embargo, Su meta está tan cerca como la muerte. Y hasta ese momento, su máximo valor —por el que vale la pena la máxima entrega— queda fuera de toda cuestión.

Una buena religión colectiva debe distinguirse, además, por su *severidad*. Necesita unas leyes obligatorias, para que sus secuaces sepan en todo momento qué es *bueno* y qué es *malo*. Tales mandamientos varían mucho de una religión a otra. Un cristiano es «bueno», por ejemplo, si se atiene a las reglas de la fe cristiana. O sea: también lo es si, como misionero, convierte a personas de otras creencias y, por ello mismo, es «malo» según la escala de valores de otros sistemas (intolerante según el sistema de la tolerancia; inhumano según el sistema de la humanidad). Un marxista es «bueno» si impide que los empresarios salvaguarden sus intereses, aunque con ello provoque una guerra civil. El seguidor de una religión colectiva sabe en cualquier instante, gracias a sus leyes, cómo, qué y quién es, y mediante un *dios* —sea este como fuere— siempre encuentra dividido su mundo en lo justo y lo injusto. Estas reglas protegen al hombre de una responsabilidad ante las consecuencias.



Una religión colectiva dispone, además, de la posibilidad de *castigar*. Esto es importante, porque solo el castigo impuesto por contravenir uno de los mandamientos crea la obligación de atenerse a lo que exige el sistema. Sin el castigo, cada individuo actuaría según el propio deseo y según los casos. En consecuencia, el máximo castigo para el traidor de una religión no es la muerte, sino la exclusión de la comunidad de creyentes. Eso le empuja de nuevo hacia aquella libertad de la que precisamente había querido huir, como bien demuestra su anexión al sistema. Así pues, con frecuencia resulta más fácil morir para quien ha perdido una estricta ideología, que seguir viviendo sin ella.

También la «incontrolabilidad» es una característica de las religiones colectivas útiles. Esa imposibilidad de control se da por la *multiplicidad* de leyes (que el individuo no puede dominar), o por su incomprensibilidad («A quien posea, le será dado; a quien no posea, le será quitado lo que posee»), o simplemente por las *prohibiciones de pensamiento* («La duda es pecado»).

Además, una religión semejante suele tener un «*maskarón de proa*», ya esté representada de manera directa por una persona determinada (Hitler, Marx, Jesucristo) y halle una lógica en el Yo sometido, es decir, aceptado sin contradicción en su mundo de conceptos y, con ello, en su lógica, o se vea «personificada» por un ente inventado (para los comunistas, el infalible «Partido», que posee todas las características de una divinidad; para otros, directamente un «dios»). En el caso de sistemas débiles —como, por ejemplo, el de la Democracia occidental—, la personificación es tan vaga como era de esperar. No obstante, también existe aquí el «espíritu» de la liberalidad, que en caso de necesidad puede ser conjurado.

Importante es, asimismo, que una religión colectiva ofrezca a sus adeptos unas *ceremonias* que representen de manera concreta la obediencia absoluta del interesado e igualmente del prójimo (ordenación, bautizo, procesiones, misa), y que le de ocasión de demostrar su obediencia a los adeptos de otros sistemas mediante unos símbolos (cruz, bandera, uniforme, emblema).

Pero una religión colectiva solo alcanza su verdadera perfección cuando tiene *enemigos*. Porque, sin otros sistemas, un determinado sistema no sería reconocible como tal. No existe el sistema que lo abarque todo. Incluso quien adore el universo, con su continuo nacer y morir, sin principio ni fin, sin objetivo, lo hace siempre, probablemente, con la conciencia de una protesta de la *élite* contra las mezquinas «filosofías prácticas»... Cuanto mayor y más cercano el enemigo, tanto mejor: la persecución por parte de quienes no comparten sus ideas, les ahorra a los adeptos de una religión la fuerza imaginativa y les confirma la necesidad de su lucha más que todas las posibles llamadas de sus grandes ideólogos.

La incorporación a una religión colectiva se produce, en general, por

- la *educación* recibida (uno nace en un hogar cristiano, por ejemplo, y durante toda su vida se mantiene fiel a esta ideología);
- un instinto de *protesta* (uno se rebela contra la ideología inculcada y, con frecuencia, elige una diametralmente opuesta, pasando de cristiano —por ejemplo— a ser un ateo convencido, y vive sus días predicando la no existencia de Dios);
- el *miedo a la muerte* (uno ha vivido más o menos libremente y ha satisfecho de manera muy individual sus necesidades religiosas, pero cuando se da cuenta de que se aproxima su muerte, establece un acuerdo con una de las acostumbradas *compañías de seguros de supervivencia* y se vuelve devoto en su vejez);
- en *sustitución* de algo (tras el fracaso de una religión individual —de un amor desdichado, por ejemplo, o de la muerte del compañero o de un hijo—, uno busca consuelo en una colectividad);
- *indignación* (uno descubre injusticias sociales y se adhiere a la colectividad que promete vencerlas);

- *soledad* (en realidad, lo que uno busca es no estar tan solo, pero como precio de la compañía de otras personas tiene que adoptar también sus ideas fijas);
- *equivocación* (uno se enamora del discípulo de una religión colectiva —por ejemplo, de un marxista convencido—, y con el comienzo de este amor se convierte también en víctima de su ideología: el amado es ahora la medida para todo; lo que él piensa no puede ser erróneo; uno deseaba profesar solamente una religión individual, y en cambio se encuentra ahora con todo un *paquete religioso*).

Son muchos los caminos que conducen a un sistema, pero... ¿cómo volvemos a salir de él? En el fondo, de ninguna manera. Mientras este sistema nos libre del *miedo a la libertad*, le seremos fieles. Ayudaremos a protegerle, si se halla en peligro, y no podremos permanecer indiferentes si se ve amenazado, ya que, a medida que uno se identifica cada vez más con él, acaba siendo el sistema mismo.

Un observador indiferente puede ver una determinada religión sumida en contradicciones y condenada al hundimiento, debido a algún cambio en nuestro ajetreado mundo. Pero el adepto de esta religión nunca podrá obtener la serena perspectiva de un ingeniero de pruebas: al igual que sus hermanos de fe, se halla ocupado en tapar cualquier agujero lógico, antes de que pueda resultar peligroso. Interpretará de forma nueva el mundo conceptual de su religión, si hace falta. Y adaptará la religión al mundo y el mundo a la religión, lo que para él es una misma cosa.

Siempre surgen sectas que prevén el «fin del mundo» en un momento determinado y no demasiado lejano, lo que en seguida les sirve para encontrar seguidores entre los hombres que no tienen unos conceptos científicos claros. Si pasa el momento previsto sin que suceda nada, tal vez dimita el jefe —con frecuencia se trata de un engaño económico fríamente calculado—, pero el sistema será

mantenido por los adeptos y se dará alguna explicación para el fallo: por ejemplo, que los días se han alargado, que el número del año fue calculado a base de un calendario equivocado, desde el nacimiento de Jesucristo, y cosas por el estilo.

Lo que resulta fatal es que todo sistema adoptado un día se transforma con el tiempo y va evolucionando de manera independiente, y que cada seguidor lo acompaña automáticamente en sus diversas etapas. Toda crítica o incluso indignación moral es imposible; en cuanto uno ha caído en manos de un ideólogo, es incapaz de hacer distinciones morales independientes. Precisamente uno se ha adherido a un sistema para ahorrarse esos problemas. El ideólogo personifica para siempre «lo bueno», y no existe ya nunca otra moral que no sea la suya.

Si Hitler hubiese ofrecido a los alemanes una religión que exigiera el asesinato de varios millones de personas en cámaras de gas y de unos cuantos millones más en los campos de batalla, no habría encontrado ni un solo seguidor. Pero él procedió como especialista, por desgracia, e hizo creer a la gente que él pensaba como ellos y les dio un sistema para personas buenas (entiéndase personas aplicadas y razonables, pero poco dotadas por el destino) contra las malas. Y la gente reconoció en esta moral la suya propia, porque todo el mundo estaba a favor de la bondad y en contra de la maldad. Este mecanismo era terriblemente simple, pero también terriblemente eficaz: «Quien tanto sabe —se decía la gente—, merece nuestra confianza, porque sin duda sabrá también todo lo demás». Y si era necesario tratar alguna vez con mano dura a los malos, ello no podía ser perjudicial, sino incluso beneficioso. Por consiguiente, el pueblo adaptó sus conceptos a los del Führer y encontraba lógico y acertado todo lo que este hacía. ¿No era extraordinario que alguien tuviese por fin el valor de encararse *sin miramientos* con los malos? La compasión mal entendida, eso era evidente, podría tener unas consecuencias catastróficas. E incluso cuando, en vez del prometido dominio mundial de la justicia alemana, se encontraron con la destrucción del mundo alemán, siguieron fieles

a él, impulsados por el deseo de demostrarle a Hitler cuán incondicional era su obediencia.

No están mucho mejor los marxistas actuales. Pese a que los relatos sobre las espantosas consecuencias de su lucha por el dominio mundial del proletariado ya figuran en los libros de Historia, consideran aún los asesinatos en masa desde Stalin hasta Pol Pot y los campamentos penitenciarios desde Polonia hasta Siberia como lamentables accidentes de trabajo en el camino hacia la felicidad de todos. Y si bien el sueño de un comunismo no totalitario *per definitionem* no es realizable (dado que «comuna» significa comunidad, y comunidad equivale a repartir, mientras que un hombre *libre* solo reparte en ocasiones), creen firmemente en la realización de este milagro y mueren por ello, si se da el caso. Porque al tratarse de una religión que proporciona a sus adeptos la perfecta ilusión de una actividad llena de sentido —mediante objetivos muy lejanos, pero concretos, y unas reglas de conducta muy severas, destinadas a conducir a esas metas—, a la vez que reduce al mínimo la capacidad de decisión y la responsabilidad del individuo, encuentra precisamente entre los jóvenes inteligentes de los países industrializados de Occidente —que son las personas más libres que hubo jamás— un número de seguidores que crece de día en día.

El abandono de una religión colectiva nunca se producirá por motivos de razón: uno, solamente se «librará» de ella cuando ofrezca ya motivos suficientes de servir con obediencia, es decir, si uno se siente excesivamente desligado como adepto. Sin embargo, esta persona suele caer de inmediato en la siguiente religión colectiva.

*Liberación*, por tanto, significa simplemente el paso de una religión a la siguiente, porque toda religión nueva tacha de carente de libertad a la anterior. Un ateo que se haya pasado al cristianismo se siente liberado; un cristiano que crea haber encontrado su camino en el ateísmo elogia su liberación. Por regla general, sin embargo, uno pasa de una religión liberal a otra más severa, dejando que la ideología más radical venza sobre la más laxa, porque el dolor, la

muerte, la inhumanidad o la humillación no nos asustan tanto como el gélido viento de la libertad. Mientras solo encontramos unas reglas de conducta dignas de confianza en sistemas radicales, los preferimos. En cuanto las reglas de nuestro sistema —sea el que fuere— nos resultan demasiado liberales, en cuanto no sabemos cómo debemos actuar, nos apartamos de aquel sistema y buscamos otras reglas. Las buscamos en todas partes: en la pareja, en la gran familia, en las profesiones y en empresas, en Iglesias, sectas, ideas, principios y modelos..., mas siempre predomina el fundamento de que tenemos ventaja si seguimos un sistema de tesis estricto, ya que nuestro afán de obediencia se ve más satisfecho. Siempre vale el principio de que, como adeptos de sistemas laxos, nos pasamos a otros más severos o que, en permanente busca de la felicidad de someternos, corremos de un sistema a otro sin hallar nunca la medida de falta de libertad que necesitamos para vivir.

El verdadero peligro de las religiones colectivas consiste en su inminente automatismo de la *evangelización*. Por desgracia, forma parte de su idiosincrasia el hecho de que sus adeptos no pueden dejar en paz a los demás. Porque mientras los seguidores de las religiones individuales vigilan celosos el no tener que compartir con nadie el objeto de su adoración y, por ejemplo, quieren tener para ellos solos a sus amantes o a sus hijos, los secuaces de las religiones colectivas tienen la manía de querer lograr que su Dios sea también el de los demás.

Que la verdad tiene mil rostros es algo que se contradice con la lógica de su sistema: solo debe existir una verdad, y esta es la suya. Y muchos piensan como ellos, mas no todos. ¿Por qué no? ¿Acaso no acaba de ser tan cierto lo que ellos creen?

Es evidente que cada escala de valores ajena significa una amenaza latente para la colectividad. Solo su supresión o destrucción puede tranquilizarles. Eso demostraría bien a las claras que la colectividad tenía razón: si todos los hombres del mundo aceptan la misma verdad, es que realmente es *verdad*. Las consecuencias de esta torpe mecánica son la guerra, el terrorismo, la tortura y la

opresión de quienes piensan de otra manera, pero también el cíclico vaivén del progreso social y la recaída en la barbarie.

Pero dado que, una vez introducidos en un sistema, ya no hay forma de volver atrás, participaremos (a falta de un milagro) en todo lo que se exija de nosotros en nombre del sistema. Y diremos: «Los primeros serán los últimos», «Quien se humille a sí mismo, será ensalzado», «No violencia mediante la violencia», «Renovación de la sociedad mediante su destrucción»..., porque nuestra lógica será la lógica de nuestro sistema; ni mejor ni peor. Nosotros cometeremos atrocidades: como soldados de Napoleón, someteremos a los pueblos; como miembros del Imperio Británico, explotaremos continentes; como secuaces de Hitler, exterminaremos razas... Pero en el fondo, y pese a todas estas maquinaciones, somos del todo inocentes. No se nos puede considerar *responsables* en el verdadero sentido de la palabra. Porque nuestra humanidad es la humanidad de nuestro sistema, y nuestra conciencia es la conciencia del sistema. En el fondo, queremos siempre «lo bueno», y lo que es bueno para el sistema también lo es para nosotros.

Y no nos quedaremos cortos cuando se trate de probarnos: si en el nombre de nuestro sistema nos toca morir, también eso será bueno, porque, en tal caso, *esta muerte tendrá un sentido*. Obedeceremos la orden de morir con la misma confianza con que obedecemos la de torturar. Si hay que hacer caso de lo escrito sobre ejecuciones, resulta que el tener que morir por una condena —a cuya lógica uno se ha sometido y que recibe nombres personificadores, tales como «Dios», «justicia», «destino» o «patria»— produce un placer que puede llegar hasta el orgasmo.

Pero ignoramos todo eso y hablamos desvergonzadamente de la libertad. Decimos que la juventud necesita unos ideales y nos llamamos con todo orgullo a nosotros mismos idealistas, pese a que un idealista es todo lo contrario de un hombre libre. Consultamos a los adivinos, oráculos y astrólogos, buscamos consuelo y consejo en personas «en las que confiamos», y a la vez actuamos como si la decisión libre fuese nuestro máximo objetivo. Engendramos hijos, nos

sacrificamos por ellos y —no obstante todas estas dependencias que nosotros mismos nos hemos creado— tratamos de convencernos de que nuestro verdadero afán es el de conseguir la independencia. Nos pasamos años enteros de nuestra vida entregados a unos sueños de libertad que nunca realizaremos. Nos avergüenzan nuestros lazos, porque nos parecen una confesión de nuestra debilidad, y prometemos a los demás una libertad que les hace tan poca falta como a nosotros mismos.

«Quizá sea necesaria esta comedia —escribí yo, hace más de diez años, en el ya mencionado ensayo—, pero quizá no lo sea. En cualquier caso, mediante la sinceridad nos ahorraríamos unos cuantos errores. Nuestra contradictoria conducta sería mucho más convincente si de una vez comprendiésemos con claridad que la meta de nuestros deseos no es la libertad, sino la falta de libertad. Nuestras crueldades serían más perdonables, si nos viésemos como peones de unos sistemas hacia los que nos ha empujado el temor. Y nuestras empresas serían más comprensibles si supiéramos que la falta de libertad nos proporciona un placer más intenso que la libertad».

Desde entonces me he vuelto bastante menos optimista en este aspecto. Hoy creo que se trata de una comedia necesaria. Que la tesis del miedo a la libertad y de la consecuencia a extraer de ello —la del orgulloso y valiente soportar ese miedo— no puede popularizarse. Los pocos que aceptan su libertad con plena conciencia no precisan de aclaración: conocen los peligros de las ideologías, observan, divertidos en parte, y en parte con envidia, cómo otros se embriagan sin el menor asomo de ironía ante sus ideas fijas y aguantan luego, desamparados, el resultado de esas luchas misioneras. A los tontos no hace falta explicarles nada, dado que la libertad tanto les importa. Quienes practican una religión individual, por su lado, no le oirán a uno: Su mundo es el compañero, y la única desgracia que conciben solo podría llegarles a través de él. Los pertenecientes a una religión colectiva no deben tener en cuenta el *miedo a la libertad*, porque todos ellos llevan escrita en su



bandera, ya sea de una manera u otra, la lucha por esa libertad. Que casi ninguno resista después la libertad conseguida, y que sea ese mismo miedo el que les haga pelear tan encarnizadamente por el de los demás, es algo que *no pueden permitirse pensar*, porque significaría el fin de sus orgías misioneras.

Del mismo modo que una guerra contra las religiones individuales sería una guerra contra la felicidad, la guerra contra las religiones colectivas iría contra la desgracia. Mas para esta guerra no hay armas: los libres que podrían dirigirla están solos *per definitionem*, los obedientes aparecen siempre como tropa, por el mismo motivo. En cuanto los libres se reúnen para defender su libertad, entran a formar parte de un *sistema* —adquieren un objetivo, un enemigo, un estatuto, una bandera— y, dado que los sistemas desarrollan siempre una dinámica propia, pueden resultar —al menos teóricamente— tan peligrosos como los otros.

Pero volvamos a la «papisa americana». Si es cierto cuanto acabamos de decir; si todos los sistemas son peligrosos, al menos en potencia, ¿a qué viene aquí una defensa de un sistema semejante? ¿A qué esta defensa del catolicismo?

El motivo se halla en la ya mencionada situación forzosa en que de nuevo nos encontramos: nuestra libertad individual, que aumenta de día en día, y nuestra incapacidad para dominarla sobre una base individual. Durante las épocas de una dictadura política, en tiempos de explotación, intolerancia y opiniones reprimidas, la lucha por la democracia era una religión útil. Quien se sintiera demócrata tenía automáticamente una meta y un montón de enemigos decididos a impedirle la realización de sus intenciones. Pero como he dicho, esta lucha ha quedado ya ampliamente zanjada en los más adelantados países industriales de Occidente, y el propio sistema ha perdido atractivo con ello. Hoy, y gracias a la consecución de sus objetivos autoimpuestos, la religión llamada «Democracia» está a punto de destruirse a sí misma, según todas las reglas de la dinámica sistemática.

Porque lo que ahora haría falta serían ciudadanos que no buscaran lejanas metas, que viesen el sentido de la vida, muy pragmáticamente, en la vida misma, y que no solo resistiesen la lucha y las persecuciones, sino también «una serie de días felices». Pero estos apenas existen. Son, si acaso, los de cierta edad quienes todavía den comparar lo actual con lo que fue; los que encuentran un cierto placer en la defensa y el perfeccionamiento de lo que han conseguido finalmente. Entre los jóvenes —si es que no logran aplacar su miedo a la libertad por medio de las religiones individuales— ya está haciendo estragos la depresión colectiva, a falta de unas religiones colectivas aprovechables. No ven sentido alguno en una vida sin posibilidades de obediencia; la falta de una obligación les embrutece les roba la alegría. En este sistema de tolerancia no existe nada contra qué luchar o por qué luchar a gran escala. No tiene uno metas importantes ni enemigos dignos de mención.

Las soluciones son conocidas. Unos salen apuro buscando pequeñas metas que cambian continuo, sin poder satisfacer durante más de par de semanas o meses su complacencia en falta de libertad, en esas luchas indolentes. Los otros se empeñan en *mendigar* unos enemigos a las autoridades democráticas mediante actos de un vandalismo de masas. También hay quien sigue a aquellos gurús que se enriquecen astutamente con el ansia de obediencia de quienes a ellos acuden, para luego volver a arrojarlos brutalmente a una libertad que ahora, después de haber tenido ocasión de conocer un sometimiento total, aún soportan menos que antes. Y los más infelices de todos caen de nuevo en manos de ideólogos fascistas de cualquier color, que en un cínico descubrimiento de sus temores a la libertad les ofrecen una violenta lucha para conseguir un objetivo claramente definido. Esta vez se trata de la infiltración terrorista en nuestra sociedad democrática y de la subsiguiente toma del poder.

En mi opinión, esta nueva evolución nos obliga a reflexionar. Porque si la independencia resulta insoportable para la mayoría, si nuestra libertad vuelve a destruirse por sí sola, una vez alcanzada, a

causa del abúlico automatismo ya descrito, por lo menos habría que intentar ofrecer a los sedientos de esclavitud una religión lectiva que satisficiera sus anhelos sin que los demás —los libres, los religiosos individuales, los adeptos de los sistemas restantes— resultasen automáticamente destruidos con ello. Habría que ofrecerles un sistema que satisficiera su deseo de servir, sin por eso quitarles (a los ojos de otros) su dignidad, y que definiese su labor misionera como un acto de paciente persuasión, y no como una petulante eliminación de las opiniones ajenas.

En este aspecto, la presente obra no puede ni debe ofrecer soluciones. Sin embargo, opinión personal es que, en los países industrializados de Occidente, la Iglesia cristiana cuenta con los mejores requisitos indispensables para realizar tal función. No solo por disponer de la organización de una multinacional y, por consiguiente, poder entrar en acción sin pérdida de tiempo como *sistema protector* (realmente contamos con poco tiempo), sino principalmente porque aunque las religiones colectivas trabajan todas según una misma dinámica, en cuanto a *contenido* son muy distintas entre sí. De otra forma, siempre se produciría solo un retroceso social, y nunca un progreso. El mérito de un creyente puede expresarse en su actividad o pasividad, tortura o automortificación, paciencia o espíritu combativo, tolerancia o intolerancia... Y es evidente que un sistema que ha escrito en su bandera, por ejemplo, el lema de la misericordia y el amor al prójimo, nunca podrá ser tan peligroso, de entrada, como otro sistema que predique a sus seguidores la dureza y el odio contra quienes no compartan sus ideas. Fue precisamente este mecanismo del que se sirvió Cristo hombre cuando, en su día, opuso su sistema de la compasión al de la falta de compasión.

Claro que esto tampoco significa una garantía. El pasado de la Iglesia cristiana demuestra de manera bien cruel que incluso la teoría de la piedad puede ser deformada y convertida en abuso por un clero ambicioso de poder. Creo, empero, que la Iglesia actual, totalmente separada del Estado —hablo solo de determinados

países—, ha sido «purificada» en este sentido, tal vez, y que precisamente es su pasado lo que puede evitar que vuelva a caer en los mismos delitos. Quiero decir que sus ideólogos están hoy, quizá, en condiciones de mantener la severidad del sistema, no por ambición de poder, sino llevados por un nuevo tipo de sabiduría. Por una sabiduría que les haga comprender que esa gran libertad es superior a nuestras fuerzas y que, gracias al fortalecimiento de la doctrina del amor al prójimo, tengan quizá una pequeña posibilidad de escapar al desastre que se avecina, mientras que sin tal doctrina no tendrían probabilidad ninguna. Y yo, creo reconocer en las tan discutidas decisiones del Papa actual, una y otra vez, esa sabiduría de la que antes hablo.

No me importa reconocer que mi defensa de la variante católica de la Iglesia cristiana obedece, al menos en parte, a unos motivos irracionales. Un sentimiento muy personal de la estética, mi preferencia por las tradiciones antiguas y determinadas disciplinas del pensamiento, por ciertos ritmos de lenguaje y los sonidos latinos, por una decoración espléndida y la posibilidad de un misterio... Todo esto me atrae más hacia esta Iglesia que hacia la sobriedad del protestantismo. En el caso de que las circunstancias me obligaran a elegir una religión colectiva, me decidiría, sin duda, por esta.

La «papisa americana» habla de los motivos racionales que parecen justificar una defensa del catolicismo.

ESTHER VILAR

Marsella, abril de 1982



ESTHER VILAR (Buenos Aires, Argentina 16 de septiembre de 1935). Nacida Esther Margareta Katzen, es una escritora argentina. Estudió medicina, psicología y sociología, y ejerció la medicina antes de dedicarse a escribir. Es autora del libro *El varón domado* (1971) y de su continuación *El varón polígamo* (1976), así como de los ensayos *Viejos* (1981), *El encanto de la estupidez* (1987) y *Prohibido pensar* (1998).